

EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín 138 Editorial

MARZO-ABRIL DE 2009



Muerte sin fin

David Huerta

Hacia una sociología del desempleo

Francisco Zapata

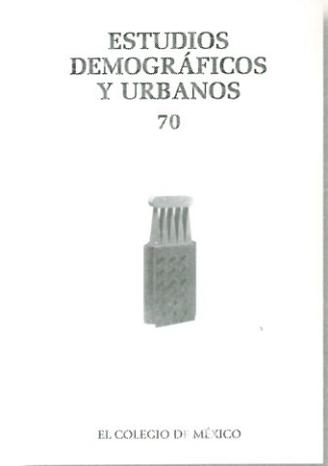
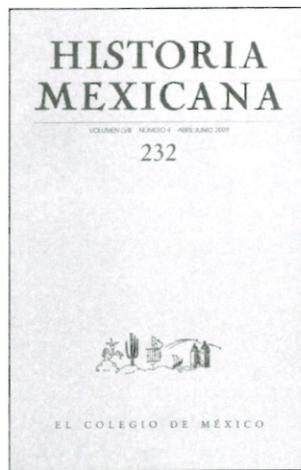
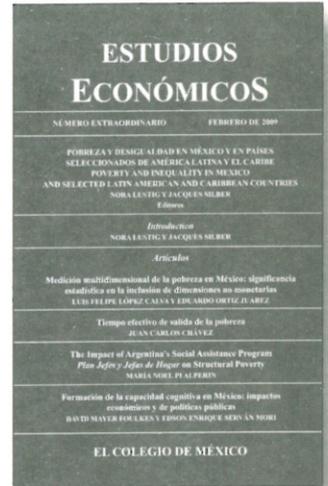
Diálogos

James Valender

Cartas mexicanas de Alfonso Reyes

Adolfo Castañón

PUBLICACIONES PERIÓDICICAS



El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.

Para mayores informes:
Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
publicolmex@colmex.mx

ÍNDICE

Cartas mexicanas de Alfonso Reyes.

Advertencia al lector

■ *Adolfo Castañón* ■ 3

José Gorostiza y *Muerte sin fin*

■ *David Huerta* ■ 7

La revista *Diálogos*

(1964-1985)

■ *James Valender* ■ 13

Poemas

■ *Robert Graves* ■ 18

Hacia una sociología del desempleo

■ *Francisco Zapata* ■ 20



Obra plástica de Emiliano Gironella

EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740, México, D. F., teléfono 5449 3000, ext. 3077

Presidente JAVIER GARCÍADIEGO DANTAN ■ Secretario general MANUEL ORDORICA ■ Coordinador general académico JEAN-FRANÇOIS PRUD'HOMME ■ Secretario académico ALBERTO PALMA ■ Secretario administrativo ÁLVARO BAILLET ■ Director de publicaciones FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■ Coordinador de producción JOSÉ MARÍA ESPINASA ■ Coordinadora de promoción y ventas MARÍA CRUZ MORA ARJONA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 138, MARZO-ABRIL DE 2009

Impresión Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.

Formación y corrección Logos Editores

Diseño de portada EZEQUIEL DE LA ROSA

ISSN 0186-3924

Certificados de licitud, núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04-1999-112513491900-102.



7 momentos
Hablando con Alfonso Reyes
el día 8 de julio de 1951

Retratos de Alfonso Reyes (Moreno Villa, 1951)

Cartas mexicanas de Alfonso Reyes*

Advertencia al lector

I
Para la confección de *Alfonso Reyes. Cartas mexicanas (1905-1959)* hemos decidido reproducir sólo un grupo de 175 misivas y mensajes con 54 interlocutores. Al parecer es ésta la primera vez que se ordena en un tren panorámico una selección antológica de la vasta correspondencia de Alfonso Reyes con autores mexicanos, hispanoamericanos, españoles o franceses —marcados por alguna relación con México— como son Ermilo Abreu Gómez, Juan José Arreola, Mariano Azuela, Salvador Azuela, Justo Benítez, Rafael Cabrera, Antonio Castro Leal, Daniel Cosío Villegas, José María Chacón y Calvo, Ignacio Chávez, Rubén Darío, Genaro Estrada, Raymond Foulché-Delbosc, Carlos Fuentes, Manuel Gómez Morín, Enrique González Martínez, José María González de Mendoza, Celestino Gorostiza, José Gorostiza, Martín Luis Guzmán, Max Henríquez Ureña, Pedro Henríquez Ureña, Juana de Ibarbourou, Xavier Icaza, Guillermo Jiménez, Valéry Larbaud, Miguel N. Lira, Jorge Mañach, Manuel Maples Arce, Gabriela Mistral, Francisco Monterde, Amado Nervo, Rodolfo Nervo, Salvador Novo, Victoria Ocampo, Bernardo Ortiz de Montellano, Octavio Paz, Carlos Pellicer, Héctor Pérez Martínez, Bernardo Reyes, Rodolfo Reyes, Luis Alberto Sánchez, Mariano Silva y Aceves, Antonio Solalinde, Jaime Torres Bodet, Julio Torri, Manuel Toussaint, Miguel de Unamuno, Ignacio H. Valdés,

Artemio de Valle-Arizpe, José Vasconcelos, Eduardo Villaseñor, Xavier Villaurrutia y Silvio Zavala.

El trabajo realizado para llegar a esta selección fue delicado y apasionante. Este Reyes en primera y segunda persona —incluimos algunas cartas dirigidas a él para mejor inteligencia del volumen— se revela como un personaje acucioso, generoso, infatigable, siempre sagaz, alerta y despierto, tanto para las cuestiones literarias como para las cotidianas, un individuo invariablemente comprometido con la autoobservación y la autocrítica a través de la mirada del otro, de los otros, que lleva en sí elegancia inteligente y sensitiva responsabilidad.

Las cartas ocupan en la obra de Alfonso Reyes un lugar esencial, son el intermedio entre la conversación y la obra, el puente entre la palabra viva y el texto impreso. Las palabras cruzadas por Alfonso Reyes con sus numerosos amigos y corresponsales representan no sólo un alto y generoso testimonio de ese ciudadano de las letras que fue en todo momento y día con día Alfonso Reyes, sino un signo de esa polinización que supo practicar a su alrededor con silencioso pero fecundo resultado. Pero decir ciudadanía es decir política, convivencia organizada y articulada en torno a ideales e ideas. De la correspondencia escrita por Alfonso Reyes se desprende así una concepción generosa de república literaria y artística donde se dan cita en la práctica de la concordia los hombres y las mujeres de buena voluntad con quienes el autor ha resuelto hermanarse y a quienes ha decidido salvar como remitentes y corresponsales, interlocutores corresponsales de su propio oficio de constructor de puentes.

A partir de esta selección es posible ponderar la enorme cantidad y calidad de redes y urdimbres que Alfonso Reyes mantuvo y alimentó a lo largo de toda su vida, y

* Texto incluido en la obra *Alfonso Reyes. Cartas mexicanas (1905-1959)*, de próxima aparición.

que dan idea de la vitalidad de su genio en los ámbitos cultural, artístico, intelectual, incluso civil y político de México, Hispanoamérica, España y Francia. También es posible observar con esta selección la autoridad y ascendiente de Alfonso Reyes dentro de las varias constelaciones artísticas, literarias y culturales que fue construyendo en su longevidad por ambos lados del Atlántico, sembrando a su paso errante de autoexilio y como diplomático mexicano, amistades, relaciones y una como familia espiritual de cuyo hogar y constelación él mismo era el custodio.

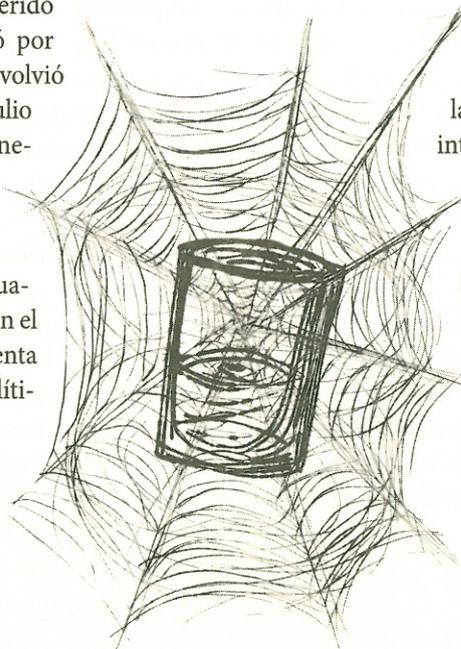
También es posible seguir el paso a Reyes en diferentes periodos de su vida. La primera carta es de 1905, cuando era estudiante en la ciudad de México y conoce a sus primeras amistades y maestros. Esta situación continúa hasta agosto de 1913 cuando se trasladó, después del asesinato de su padre, a París para trabajar en la Legación de México en Francia. Ahí permaneció hasta octubre de 1914, fecha en que se mudó, primero y por unas semanas, a San Sebastián, para hallar luego su residencia en Madrid, donde pasará los primeros cinco años viviendo de su propio trabajo como escritor, para formar parte de la Legación en España los siguientes cinco. En 1924 fue llamado de regreso a México, donde estuvo unos meses, antes de ser devuelto a España con una "misión confidencial" ese mismo año. De este traslado a Madrid, Alfonso Reyes regresó a París para trabajar nuevamente en la Legación mexicana, hasta principios de 1927. Ese año, es trasladado como Embajador de México a Buenos Aires, Argentina. Luego, con el mismo cargo, en 1930 fue transferido a Brasil. A finales de 1934 regresó por un tiempo a México, pero en 1935 volvió como Embajador a Brasil. El 1 de julio de 1936 regresó a Argentina. En enero de 1938 retornó a México, pero unos meses después volvió por nueve meses a Brasil. Después de este itinerario zigzagueante cuyas cuatro misiones se pueden representar en el mapa como dos alas y que transparenta la incertidumbre de su situación política y material en contraste con la estrella ascendente (al menos en la estima universal de su destino literario), se dará el regreso definitivo a México en febrero de 1939. Sólo después de transcurridos veintiséis

inviernos, luego de la tragedia de 1913, Reyes se instaló en México hasta su fallecimiento, ocurrido el 27 de diciembre de 1959. Ya no era el joven que abrigaba en su corazón el sueño de un destino literario, sino un hombre cabal y experimentado que había conocido las mieles y los laureles, tanto como las toxinas y los agujones asociados a esa compleja vida literaria y diplomática a que lo habían orillado las corrientes y los caminos de la vida. Si en 1914 se fue a Europa con la certeza inquebrantable de su vocación y las heridas de la tragedia familiar todavía frescas, en 1939 regresó a México de forma definitiva para intentar curarse de esa enfermedad de los desterrados que es la imagen de la tierra que dejaron, a través de los únicos instrumentos que tiene a la mano: la pluma, el espejo y sus archivos (la palabra hablada, escrita, manuscrita, leída y anotada), él mismo y sus papeles, publicados y por publicar. En México descubrirá que esa bienamada y legendaria patria lo ignora, pues el México de 1939 es muy distinto al de 1914, y aunque es conocido en el mundo hispanoparlante por un puñado de amigos, lectores y admiradores, su obra, publicada en forma dispersa y caprichosamente editada al azar de las circunstancias, es en ese momento escasamente conocida en su propia tierra. Así, a partir de 1939, se consagró a una cabal reorganización editorial de su propia obra, al tiempo que asumió sus tareas como patriarca literario y guía de los amigos desterrados y exiliados por la guerra civil española. Primero La Casa de España en México, y luego El Colegio de México, el Fondo de Cultura Económica, El Colegio Nacional y la Universidad

Nacional Autónoma de México serán el escenario público de esta última etapa, tan notable o más que las otras. La correspondencia elegida intenta poner sobre la mesa esa miscelánea canasta para que el día de mañana, acaso alentados por ella, puedan surgir otros estudios biográficos y críticos sobre este excepcional polígrafo de las letras de México, España y América.

II

Alfonso Reyes escribió en líneas paralelas a su obra una multitud de cartas de todo género, ex-



tensión, forma y contenido, desde sus años mozos hasta pocos días antes de morir. A la fecha (2009), se han publicado más de cincuenta juegos de cartas o epistolarios, cuyo primer censo tentativo se debe a don José Luis Martínez: alrededor de cinco docenas. De ese más de medio centenar de correspondencias cabe destacar lo que podría llamarse el Epistolario mexicano, entidad abstracta o ideal de la cual se presenta aquí apenas una cala o muestrario compuesto por 175 cartas y misivas dirigidas a 54 interlocutores o corresponsales. La presente analecta ensaya cumplir dos propósitos: de un lado, sugerir la amplitud y



extensión de la red que Alfonso Reyes fue urdiendo a lo largo del tiempo en torno a sus letras, obra e intereses con sus interlocutores mexicanos o por alguna razón interesados en México y sus cuestiones. Del otro, evocar en el lector el haz de ideas, experiencias y afectos que México, su historia y sus letras fueron suscitando a lo largo de los años en la sensibilidad e inteligencia de Alfonso Reyes. Habría acaso un tercer propósito rector: al armar este juego de cartas como un rompecabezas cuya cifra y figura toca al lector decidir, luego de leerla, si se ha logrado fraguar y componer: rendir al calce una suerte de armazón que permita reconstruir, por así decir, en vivo y en sus propias palabras, una suerte de autobiografía armada al sesgo de estos documentos, así del propio Reyes como de su época, pues lo que alienta en estas letras es inevitable y forzosamente la historia, el tiempo.

Las cartas están dispuestas en orden cronológico y se han enunciado año por año ensayando, buscando hacer coincidir —no siempre ha sido fácil— el engranaje de la historia pública y de la historia privada y literaria del autor con el documento en cuestión.

Esperamos que esta compilación se pueda leer como una suerte de memoria adivinada y recobrada a través de un conjunto de cartas que el editor desinteresadamente ha ido reuniendo y coleccionando a lo largo de los años y de los periódicos, las revistas y los libros. Esta

labor editorial ha sido, desde luego, una labor derivada y de segundo grado, pues se remite al trabajo devoto e inestimable de cada uno de los editores particulares sin los cuales el trabajo sería inconcebible y que *de facto*, ha ido instituyéndose a lo largo del tiempo como una Sociedad de Amigos de Alfonso Reyes: Miguel Capistrán, Fernando Curiel, Alberto Enriquez Perea, Claude Fell, Lourdes Franco Bagnouls, Manuel García Blanco, Jeanine Gaucher-Morales, Alejandro González Acosta, Zenaida Gutiérrez Vega, Lligany Lomelí, Leonardo Martínez Carrizales, José Luis Martínez, Silvia Molina, Alfredo O. Morales, Paulette Patout, Héctor Perea, Antonio Saborit, Guillermo Sheridan,

Anthony Stanton, Aureliano Tapia Méndez, Luis Vargas Saavedra, Serge I. Zaitzeff, a quienes se agradece y reconoce su ingente tarea. La regla de este juego editorial ha consistido en seleccionar las cartas previamente publicadas por otros editores. De esta suerte, aunque consten en los archivos de la Capilla Alfonsina epistolarios con amigos e interlocutores como pueden ser, por ejemplo, los casos de Enrique Díez-Canedo o Emmanuel Carballo, por citar sólo dos casos sobresalientes, hemos preferido respetar el criterio arriba enunciado para hacer más practicable la realización de este compendio. Esta sociedad abierta a la que hemos aludido líneas atrás, tomando en préstamo una fórmula acuñada por el célebre filósofo Karl Popper, está compuesta además de los nombres arriba enunciados, por James Willis Robb, Alfonso Rangel Guerra, Adolfo Caicedo, Juan Gustavo Cobo Borda, José Pascual Buxó, Ramón Xirau y, en fin, por todos aquellos estudiosos congregados en torno al perdurable cordial convivio alfonsino. Por último, tres gratitudes: la primera para Alicia Reyes, la admirable y ejemplar albacea de don Alfonso Reyes, a quien se debe la custodia, el cuidado y mantenimiento de estos papeles; a mi asistente Lourdes Borbolla quien me ha ayudado en la transcripción de este ingente caudal y, luego, a Javier Garcíadiego Dantan, presidente de El Colegio de México, que ha auspiciado, permitido y colaborado con este trabajo editorial. ☞



José Gorostiza (Roberto Montenegro, 1924)

José Gorostiza y Muerte sin fin*

Los 775 versos de *Muerte sin fin* aparecen como una gran montaña nevada: el Matterhorn de la poesía mexicana. Una formación montañosa de ese tipo es alta, maciza, de laderas impracticables, con una cumbre inaccesible, fría e imponente; constituye un monumento quieto, blanco y suntuoso. Pero como *Muerte sin fin* es un poema de este lado del Atlántico, podría pensarse, mejor todavía, en el Momotombo, volcán nicaragüense, tal como lo vio y lo celebró Rubén Darío en *El canto errante*: una montaña habitada “por el fuego de Dios”.

En cuanto la examinamos de cerca, esa comparación geológica muestra sus limitaciones. A pesar de sus elevaciones de cordillera o de gran montaña de cima nevada, el poema de Gorostiza no es frío ni está inmóvil: tiene una vivacidad formidable.

Muerte sin fin debería ser comparado, mucho mejor aun, con un organismo vivo; con una de esas secuoyas milenarias de raíces abundantísimas y de copas frondosas, en las cuales se posan muchedumbres de pájaros, murciélagos e insectos. La vivacidad del poema de Gorostiza; su animación interna, esmaltada y jaspeada por una métrica rigurosa y flexible; sus veneros y sus corrientes subterráneas,

* Ensayo incluido en la edición conmemorativa de *Muerte sin fin*, que se publicará próximamente.

de una riqueza y una variedad sorprendentes; las fuentes y transparencias de su agua verbal —además del tema acuático mismo, inscrito en el drama de una teodicea crítica—; sus ramajes y floraciones; los vuelos y la danza de su follaje engastado en el cielo crepuscular o nocturno (“Tiene la noche un árbol”) tejen un espectáculo único, de un dinamismo y una belleza singulares.

Un ser vivo, entonces: ¿el “ser que va a morir”, como dice el magnífico epígrafe titular de un libro de Coral Bracho? Si *Muerte sin fin* va a morir alguna vez, eso ocurrirá sólo cuando la lengua española también haya muerto. Mientras eso no ocurra, el poema de la extinción interminable y del prodigioso dios-niño en trance de soñar el universo y no crearlo nunca, no tendrá término: sus fronteras y límites son iguales a los de la vida del idioma en el cual fue compuesto. Tienen los versos de Gorostiza la fuerza de perduración de las obras clásicas; estamos ante un *clásico moderno*.

El juego de las comparaciones de los poemas con otros seres u otras presencias del mundo puede jugarse durante largo tiempo. Gorostiza lo jugó una vez, con su sobriedad habitual y con su peculiar melancolía, cuando en 1928 presentó su obra juvenil en la *Galería de poetas nuevos de México*, antología de Gabriel García Maroto. Luego de aclarar el estado de sus trabajos y de su espíritu dentro de la poesía (“Mi libro [*Canciones para cantar en las*



barcas, de 1925] es un libro de liquidación espiritual”), y de hablar de la pobreza de los versos hechos por él hasta entonces —tenía 27 años de edad—, constataba la “debilidad arquitectónica” de su poesía —comparación con un edificio, construcción humana deliberada, planeada— y afirmaba: ese puñado de versos de la década de los veinte “ha de ser el esqueleto de mi obra futura” —comparación con un cuerpo vivo, multicelular, cordado, voluminoso.

La metáfora arquitectónica tendrá fortuna en los años siguientes: *Muerte sin fin* contribuirá a ello cuando ofrezca a los lectores versos como “azules botareles de aire” (verso 112), necesitado de una aclaración: los botareles son los contrafuertes o apoyos pétreos de un edificio, sostenes de los muros principales de éste —los muros de una iglesia colonial, por ejemplo, como los enormes botareles estilizados de Santa Rosa de Viterbo (siglo XVIII) en la ciudad de Querétaro.

El autor debió decidir la forma y la extensión de *Muerte sin fin* en estrecha relación con su concepción cambiante del poema, al paso y al ritmo de su composición. Esta vez no se “frustraría” su intento, como en los poemas precursores agrupados en la serie “Del poema frustrado”; en consonancia con ello, las dimensiones conjeturales de los cantos se le revelarían con claridad creciente. Gorostiza planeó, seguramente, más allá de un cierto punto en el avance de la escritura, un texto largo, de acuerdo, acaso, con sus antecedentes, mencionados con insistencia monótona por la crítica: las *Soledades*, de Luis de Góngora; el *Primero sueño*, de sor Juana Inés de la Cruz; *Le cimetière marin*, de Paul Valéry; *The Waste Land*, de T. S. Eliot. Cada uno de esos cuatro poemas tiene varios cientos de versos; las *Soledades* gongorinas tienen más de dos mil. Más interesante aún es cómo esos poemas —en especial los dos en lengua española— se filtran en el discurso gorostiziano de mil maneras. A partir de un cierto punto, entonces, Gorostiza pudo ya emprender el vuelo: la aventura lingüística, compositiva, artística, de organización y de pensamiento llamada *Muerte sin fin*.

La insistencia de la crítica en esas comparaciones de *Muerte sin fin* con grandes poemas del pasado remoto o cercano es, desde luego, explicable; pero, al mismo tiempo, infértil: constituye una simple versión del elogio oratorio. En 1955, Alfonso Reyes fue uno de los primeros en hacer el encomio comparativo, con un estilo oscilante en el juicio, “rectificado” por él mismo luego de formularlo entre guiones: “...la maravilla de la

Muerte sin fin —nuestro *Cementerio aldeano* o, mejor, nuestro *Cementerio marino*—, diamante en la corona de la poesía mexicana”. Situada la señal por Reyes en esa dirección, los demás la siguieron sin interrogarla; sólo en épocas recientes comenzó a ser motivo de revisión. El poeta Salvador Gallardo Cabrera lo hizo con un tino excepcional en una ponencia, leída en el Palacio de Minería en 2009, para celebrar los 70 años de la publicación del poema.

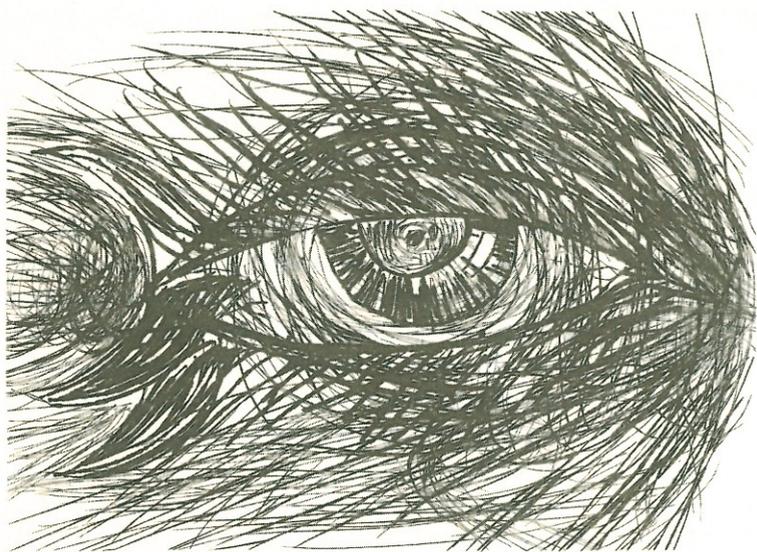
Gallardo Cabrera encuentra en un poema de 1901 de Amado Nervo, “La hermana agua”, “poema panteísta” y franciscano, “ligado al temperamento de Gorostiza”, un ignorado y muy probable venero —no mero “antecedente”, en el campo de la mezquina pesquisa de fuentes, según Gallardo Cabrera— de *Muerte sin fin*.

¿Por qué nos es tan fácil reconocer las filiaciones de *Muerte sin fin* con *Soledades*, con *Primero sueño*, con el *Cementerio marino* o *Tierra baldía* y no podemos reconocer a “La hermana agua” como un poema ligado al temperamento de Gorostiza? En las sesudas exégesis que conozco sobre *Muerte sin fin*, en muchas de las cuales se practica el aborrecible arte inquisitorio de la búsqueda de antecedentes, no he encontrado una mención siquiera al poema de Nervo. Un poema que Gorostiza conocía —incluso los estridentistas, tan alejados de esa órbita, sabían extraer cadencias vitales de los poemas de Nervo. Un poema, como *Muerte sin fin*, escrito en cantos y que además del franciscanismo poético, de la poética de los elementos, y de la interrogación por las formas, encuentra una figura filosófica en Pitágoras, como Gorostiza la encontró en Heráclito. [...] Les propongo, en cambio, leer *Muerte sin fin* desde “La hermana agua”: en ocasiones, la luz de un gran poema presente nos puede iluminar una zona oscura, poco transitada del pasado, y devolverla a la vida de la lectura.

Hay otras huellas no percibidas en el poema. La del escritor español Gabriel Miró (1879-1930), por ejemplo. Los versos 770 a 773 del “Baile” conclusivo dicen lo siguiente:

Desde mis ojos insomnes
mi muerte me está acechando,
me acecha, sí, me enamora
con su ojo lánguido.

En *El humo dormido* (1918), obra de Miró, leemos esto: “Su porvenir lo acechaba desde los ojos de su tío el canónigo”.



La expresión “acechar los ojos” algo o a alguien es perfectamente natural —el verbo es el mismo en ambos casos: *acechar*—; lo es mucho menos la expresión “acechar desde los ojos”: ése es el acontecimiento en las obras de Gorostiza y de Miró; esa peculiar mirada lanzada desde los ojos, y no sencillamente *con* ellos. Jorge Guillén, un poeta parecido en muchos sentidos a Gorostiza, fue admirador de Miró y le dedicó un estudio en su libro *Lenguaje y poesía*. La prosa lírica de Gabriel Miró fue ampliamente admirada por escritores de ambos lados del Océano Atlántico en la primera mitad del siglo xx; luego fue más o menos olvidado, o bien confinado en los currículos escolares.

* * *

El vuelo creativo de Gorostiza en su primera madurez poética había quedado a medias apagado en la serie de poemas titulada, precisamente, “Del poema frustrado”. *Muerte sin fin* llegó, en cambio, a su cumplimiento cabal; fue obra llevada a término, pieza concluida, completa. “Del poema frustrado”, por su parte, es como el esbozo, el plan maestro, el dibujo a medias perfilado sobre la cuadrícula en la mesa de trabajo del artífice, del *fabro*, en su taller insomne. Y, por lo tanto, después de resolver los rasgos formales y estructurales de la composición, cada parte de esta compacta y sólida obra poética pasa a ocupar un lugar definido, claramente delimitado. Dicho de otra manera: José Gorostiza planeó “en grande”.

En sus “Notas sobre poesía” de 1955 —más tarde incluidas como prólogo de su obra poética reunida—,

Gorostiza examinó a vuelapluma algunos temas fundamentales. “En la actualidad —afirmaba— el poeta no suele proponerse problemas de construcción”. Remataba el párrafo con esta constatación melancólica: “El caso de la construcción en grande, como en los vastos poemas de otros tiempos, no se plantea ya”; y concluía con una nota de frustración: “Quiero decir, no puedo callar, que lo siento como una enorme pérdida para la poesía”. En este sentido, tan preciso como solamente puede serlo en el caso de un poeta con la mayor conciencia de la forma, *Muerte sin fin* es una obra de profunda restitución: devuelve a la poesía, como si fuera un hálito extraviado en el curso de la historia, la voluntad de trascen-

der el cerco estrecho de la lírica meramente personal, confesional, de perspectivas diminutas.

En “Del poema frustrado”, una pieza ocupa un lugar especialmente significativo. El poema “Declaración de Bogotá”, último escrito por Gorostiza —a modo de despedida—, juega con la disemia de una de las palabras de su título: *declaración* en el sentido diplomático (“declaración conjunta, declaración de principios” de un gobierno, de una nación ante las demás) y la consabida declaración de un “siervo de amor” —según el tópico feudal y provenzal—, en este caso un amante o un novio no correspondido, despechado, abandonado: “Es un grumo, no más, de poesía / para cantar el salmo de tus bodas”.

En el poema gorostiziano, la neblina, el aire de la montaña vecina a la ciudad de Bogotá —el Monserrat, verde y sombrío, negro—, la ráfagas de música desprendida de la masa geológica y vegetal, dan la pauta del canto, forman la nota y marcan el compás:

Ha silbado una ráfaga de música.
Desciende el aire
de la negra montaña tempestuosa.

En la Bogotá de abril de 1948, la ciudad desgarrada por el asesinato del dirigente Jorge Eliecer Gaitán, José Gorostiza era funcionario de la embajada mexicana en Colombia. No sabemos, no podremos saber, las circunstancias personales en las cuales fue escrito “Declaración de Bogotá”, pero el poema está empapado no nada más por la lluvia tenaz de la capital colombiana, sino tam-

bién por una nostalgia irrestañable. La ciudad martirizada es un trasunto de la tristeza del poeta:

Detrás de tu figura
que la ventana intenta retener a veces,
la entristecida Bogotá se arropa
en un tenue plumaje de llovizna...

“Declaración de Bogotá” y *Muerte sin fin* son las dos alas de esa zona central en la poesía de madurez de José Gorostiza: la vertiente lírica y la vertiente épico-metafísica.

* * *

El colofón de la primera edición de *Muerte sin fin* tiene la fecha “24 de septiembre de 1939”. Ese día, el libro-poema de José Gorostiza “apareció”, pues fue cuando

“se terminó de imprimir en los talleres de la editorial Cvltvra” para las Ediciones R. Loera y Chávez y comenzó a circular en las librerías. Antes, mucho antes, en la soledad, el poema *se le había aparecido* a Gorostiza en noches de insomnio y en las mañanas oficinescas de la Secretaría de Relaciones Exteriores, en la antesala del despacho ministerial del general e ingeniero Eduardo Hay. Son dos historias; la segunda es la menos explorada, pero algunos textos en prosa de Gorostiza (como el “Esquema para desarrollar un poema”) y no pocos versos suyos pueden contribuir a reconstruirla: la obra propia del autor y las escrituras ajenas estarían en el punto originario de esa pesquisa genética o de esa investigación genealógica.

La génesis del poema y su genealogía son necesariamente dos temas diferentes y que pueden llegar a ser divergentes: en un caso se trata del origen, del impulso inicial; en el otro, de la familia de textos a la cual pertenece a su manera peculiar. El tema del origen está en la obra de uno de los poetas leídos con la mayor atención por José Gorostiza: San Juan de la Cruz. En el “Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por Fe” leemos:

Su origen no lo sé, pues no le tiene,
mas sé que todo origen de ella viene.
aunque es de noche.

San Juan habla de una fuente trascendental: la divinidad. El venero metafísico es una metáfora del dios cristiano. El dios de Gorostiza parece ser el del Antiguo Testamento, pero sólo *parece*: en realidad es una divinidad singular, presa (en una “red de cristal”: los versos diáfanos del poema) dentro de un ingenio verbal. No es *Muerte sin fin*, empero, un poema sustancialmente religioso, ni mucho menos místico: su objeto es el mundo, *lo mundanal* —como diría fray Luis de León—. Al mismo tiempo juega, con una serie incomparable de destrezas verbales, el juego de los espejos trascendentales al proponer un dios anómalo, un dios-niño, como uno de sus protagonistas principales; pero su tema es el mundo, creado o soñado por ese dios-niño, desplegado ante los ojos fantasmales, desvelados y prodigiosamente



atentos del poeta. El agua es el primero y el último de esos espejos, borrado o despedazado por la aparición o irrupción irónica del Diablo en la canción final, el “Baile”; el vaso es el otro espejo, continente del agua.

Antes de leer el poema nos enfrentamos a tres pasajes de los Proverbios acerca de la inteligencia o sabiduría de la divinidad: los epígrafes bíblicos. No encierran esas citas epigráficas, necesariamente, una clave para la comprensión; dibujan, en cambio, el ámbito de una zona muy amplia, acaso decisiva, de *Muerte sin fin*: el de la mente en acción, el de las acciones mentales fruto de la sabiduría, de la inteligencia. Es la Sabiduría trascendental o creadora, no la divinidad misma (y eso está dicho con toda claridad: “yo soy la inteligencia”, Proverbio 8, 14); ella habla de cómo acompañó a Dios en la creación del mundo. El tercero de los epígrafes trata del pecado y de la suerte del alma: tiene un alcance diabólico y apunta hacia la canción conclusiva —de versos arromanzados, eco de la seguidilla del quinto canto— del poema.

Basta dar dos pasos dentro de esos temas, y ya tenemos ante nosotros el ámbito a partir del cual habría de establecerse la fama equívoca de *Muerte sin fin*: una obra literaria de encarnizado intelectualismo, de una majestad “fría” y distante: un poema “filosófico”, acaso teológico, seguramente metafísico, quizá panteísta, budista, confuciano o anticristiano. El malentendido ha prosperado y una de las principales pérdidas en ese proceso ha sido la de la profunda e irradiante hermosa de la obra gorostiziana; es decir, su cualidad intrínseca y manifiesta de creación artística. Es suficiente volver al texto, a los 775 versos de *Muerte sin fin*, y leerlos con un espíritu abierto, para recobrar esa belleza y aprender o reaprender a gozarla sin fin.

* * *

Dos versos de *Muerte sin fin* me han acompañado a lo largo de la vida como un emblema imborrable del genio de José Gorostiza. No puedo decidir si son los más hermosos del poema; son, para mí, los más fácilmente evocados cuando se habla de la obra maestra; dicen así:

...más resabio de sal o albor de cúmulo
que sola prisa de acosada espuma.

Son los versos 18 y 19 del primer canto del poema y se refieren al agua de una nube y a los “funestos cánticos

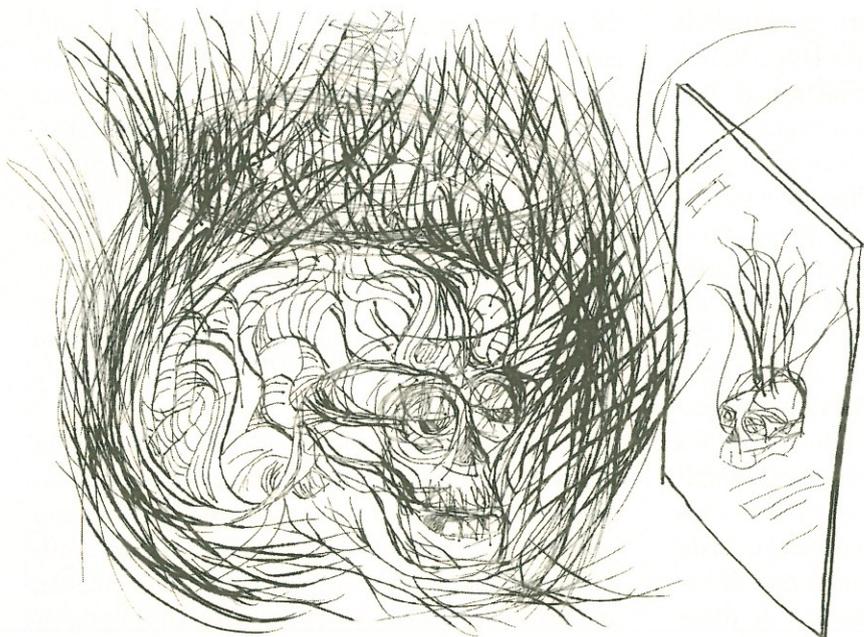
del mar”. Es el agua sin forma, la fluidez desordenada, anterior al vaso riguroso donde permanece encerrada y ceñida; es el agua natural, desbordante o aérea; lluvia virtual, ímpetu de oleaje, amenaza de tormenta o amago de naufragio, de ahogo. Agua proteica, indomeñable, salvaje. Como todos, Coral Bracho la ha visto, la ha tocado y bebido, se ha sumergido en sus ondas, pero sólo ella ha escrito páginas tan memorables como las de Gorostiza sobre los contornos líquidos, sobre los fenómenos y las presencias dentro de esa agua, acontecimiento y existencia, y acerca de sus manifestaciones externas e internas.

En esos dos versos gorostizianos encuentro el confín abierto de la forma en una de sus presencias auténticamente sublimes. El ritmo variado del primer verso —solemne, no despeñado, pero lleno de un grave sentido de inminencia— se resuelve en el verso siguiente con un *staccato* esmaltado de contrastes tónicos (o propiamente *heterotónicos*, para decirlo con la terminología de Alfonso Méndez Plancarte en su estudio sobre Díaz Mirón): *prisa*, *acosada* y *espuma* son las palabras acentuadas en ese segundo verso, todas en vocales diferentes (i, a, u). En “más resabio de sal o albor de cúmulo” el tono es oscuro: dos acentos en *a*, uno en la *u* del esdrújulo *cúmulo*; ahí remata, con una voz dactílica, el enunciado. El verso siguiente, un endecasílabo sáfico, imagen sensible de la “prisa”, no lleva el acento canónico en la sexta sílaba.

El verso se mueve más allá de su significación, de su acentuación, de su color vocálico, con una soberbia autonomía. En su relación con el anterior; en su enlace con ese otro verso de color más bien grave, constituye una unidad dual perfecta, a la vez abierta y encerrada en su sonoridad precisa y honda; a todo ello no le haría justicia ni siquiera la mejor lectura en voz alta.

Nunca he podido leer ese par de endecasílabos como poesía pura ni como poesía impura, dilema falso en el fondo: contraste para tomar posiciones, igualmente falsas o inauténticas, ante la poesía; casi diría yo: disyuntiva “ideológica”. La perfección de esos dos versos es igual a su totalidad diminuta, abierta, resonante, impresa para siempre en la memoria. Prefiero, entonces, hablar de totalidad poética o de perfección poética; no de poesía pura o impura.

Llamo la atención sobre dos palabras: el principio del segundo verso con un “que” tajantemente diferente de la palabra anterior (“cúmulo”). Son, respectivamente, un monosílabo de fuerte modulación consonántica y



un extenso trisílabo. En esa heterogeneidad —ese terreno frágil y a la vez potente: pura o impura “intensa fragilidad”, como escribió e. e. cummings en un poema demasiado famoso—, en ese territorio fértil, en ese humus de sonido se prepara una especie de rima o de eco para poner todo en relación dentro de la eufonía gorosticiana: los acentos de las palabras finales de los dos versos, en la misma vocal de igual modo húmeda en el cielo y en la ola marina, la *u* de “cúmulo”, la *u* de “espuma”.

¿Y el agua? De ella queda sólo “un resabio de sal”, un reflejo blanco en la altura; ni siquiera la destejida y hasta inapresable concreción de la espuma. Es un agua incompleta, huidiza: un agua impura. Esa agua busca su forma y la encuentra en esos versos. Concluyo, entonces, con esta módica paráfrasis de Pascal: esa agua impura no buscaría su forma, en la imaginación poética de José Gorostiza, si no la hubiera ya encontrado en los versos 18 y 19 de *Muerte sin fin*.

La crítica de *Muerte sin fin* ha pasado por varias etapas y épocas, desde el libro de Mordecai S. Rubín, titulado *Una poética moderna* (1966), hasta el estudio de Arturo Cantú (*En la red de cristal*; segunda edición, 2005; en esta obra, el montaje tipográfico del poema fue hecho por el experto editor Eduardo Clavé). Los primeros autores de libros dedicados por entero al poema o a la obra

de José Gorostiza fueron académicos de los Estados Unidos: Rubín y Andrew P. Debicki. Este último emprendió una investigación de conjunto de la obra de Gorostiza; su libro se titula *La poesía de José Gorostiza* y apareció en 1962.

El libro de Rubín era una especie de examen o inventario de todos y cada uno de los versos del poema. Es un trabajo de modestos alcances, a pesar de recoger, en entrevistas personales, algunas opiniones de Gorostiza. El libro de Arturo Cantú, en cambio, es una edición ejemplar del poema y una cala inteligente y sistemática, coherente y pormenorizada, en lo dicho o narrado por el poema. Al lado de esos trabajos, cabe men-

cionar otros especialmente útiles o iluminadores: un hermoso artículo de Antonio Alatorre, “Nada sucede, poesía pura”, aparecido en la revista *Biblioteca de México* (número 1, 1991); las pesquisas hechas con devoción por Julio Hubbard en los manuscritos gorosticianos —publicados en esa misma revista—, y algunos más. Desde luego, son muy valiosos los comentarios de Octavio Paz y Alí Chumacero, poetas y críticos distinguidos. La investigadora Edelmira Ramírez preparó para la colección Archivos de la Unesco, en coedición con el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, el volumen *Poesía y poética* (1989), el cual, con diversos estudios de desigual utilidad y algunos documentos histórico-literarios, reproduce en sus páginas la obra poética de Gorostiza. La biblio-hemerografía de tema gorosticiano es extensa; aquí sólo se apuntan algunos momentos significativos de ese cúmulo de saberes, interpretaciones, ediciones y comentarios. La *Poesía* de Gorostiza (edición de 2004) circula en edición del Fondo de Cultura Económica.

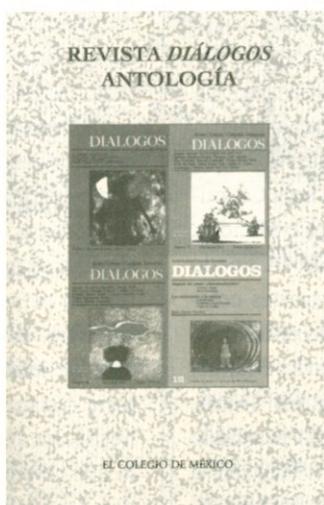
El poeta, novelista y filósofo Josu Landa tradujo el poema a la lengua vasca en su aniversario número 70. Fue publicado en México, en 2009, por la editorial Bonobos. Gorostiza, como lo proclama su apellido paterno, tenía raíces vascas. Landa hizo esta versión de *Muerte sin fin* para “enriquecer la poesía que ahora se escribe en esa lengua”. Es uno de los avatares más hermosos y conmovedores de la obra maestra de José Gorostiza.

J A M E S V A L E N D E R

La revista Diálogos (1964-1985)*

Habría que empezar estas líneas felicitando a las autoridades de El Colegio de México por la excelente iniciativa de reeditar en facsímil y en disco compacto los 131 números de la revista *Diálogos*. Para el público en general, podría resultar sorprendente el interés por rescatar una revista que dejó de editarse hace casi veinticinco años (“Who wants yesterday’s papers —se preguntaron, y no sin razón, los Rolling Stones— who wants yesterday’s girl?”). Pero desde luego, si algo singulariza a las buenas revistas literarias frente al periodismo común y corriente es su voluntad, no sólo de reflejar los gustos y las inquietudes del momento, sino también, y sobre todo, de crear algo cuyo interés sobreviva a los deseos y temores más inmediatos, algo que también tenga valor y relevancia para las generaciones del futuro. De la misma manera, puede decirse que la vitalidad de una cultura queda reflejada, entre otras cosas, en la capacidad que dicha comunidad tiene de descubrir en las creaciones de ayer una respuesta anticipada a los problemas de hoy y de mañana. Tener acceso fácil, y casi instantáneo, a los 131 números de *Diálogos* es tener así, en la punta de los dedos, no sólo horas y horas de lectura instructiva y deliciosa, sino también interlocutores excepcionales con quienes conversar tanto

* A propósito de la publicación digital de la revista *Diálogos*, México, El Colegio de México, 2008.



sobre el camino recorrido hasta ahora, como sobre el camino a seguir.

Al revisar el índice de los 131 números, llaman la atención la calidad y la variedad de las colaboraciones. Como es natural, la mayor parte de los autores son mexicanos. Sus nombres abarcan cuando menos tres generaciones distintas: desde la de José Luis Martínez, Alí Chumacero y Octavio Paz; pasando por la de Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco, Juan García Ponce, Tomás Segovia, Homero Aridjis, Alberto Dallal y Eduardo Lizalde; hasta desembocar en la entonces joven promoción de Mario Lavista, Fabio Morábito, David Huer-

ta y Verónica Volkow. Pero, desde luego, son numerosos también los autores procedentes de otros rumbos del orbe hispánico, sean cubanos como José Lezama Lima, Severo Sarduy, Cintio Vitier y Fina García Marruz; argentinos como José Bianco, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Alejandra Pizarnik y Roberto Juarroz; colombianos como Juan Gustavo Cobo Borda; uruguayos como Ida Vitale, Enrique Fierro y Emir Rodríguez Monegal; o españoles como Vicente Aleixandre, José Ángel Valente, Juan Goytisolo, Pere Gimferrer y Andrés Sánchez Robayana. Y por si todo esto fuera poco, gracias a una labor de traducción verdaderamente notable, también se nos ofrece una amplia selección de textos de escritores de otras lenguas: por ejemplo, de franceses como Yves Bonnefoy, René Char y Roger Caillois; de italianos como Leopardi, Italo Calvino y Dario Puccini; o de ingleses y norteamericanos como T. S. Eliot, Elisa-

beth Bishop, Noam Chomsky, John Kenneth Galbraith y Charles Tomlinson.

Y repito: la variedad de los trabajos publicados difícilmente podría ser más atractiva, trátense de unas reflexiones de Hannah Arendt “Sobre verdad y política”, de un poema de W. H. Auden sobre “Elefantes insignificantes”, de una obra en un acto de Emilio Carballido, de una reflexión sobre el “Futuro imperfecto” de Salvador Elizondo, de una nota de Susan Sontag sobre los cuadernos de Albert Camus, de una “Pequeña crónica desmitificante” de Antonio Alatorre sobre Alfonso Reyes, o de un adelanto de la estupenda novela de Josefina Vicens, *Los años falsos*. Hay, en fin, para casi todos los gustos e intereses.

Confesaré que me ha sorprendido el gran número de textos relacionados con la literatura del exilio español (aunque en vista del origen peninsular del propio Ramón Xirau, este hecho, en realidad, no debería sorprenderme). Encontramos textos inéditos (poemas, relatos, ensayos, diarios) de escritores tan prominentes del exilio español como Max Aub, María Zambrano, Luis Cernuda, Emilio Prados, Francisco Ayala, Concha Méndez, José Ferrater Mora, José Gaos, Enrique Díez-Canedo y Jorge Guillén, por no hablar de las frecuentes colaboraciones de autores estrictamente contemporáneos de Xirau como Tomás Segovia, Rafael Segovia, Manuel Durán, Jomí García Ascot, Luis Rius y Gerardo Deniz, entre muchos otros. El homenaje a Antonio Machado publicado en 1983 (aunque preparado en 1940), en el número 112 de *Diálogos* —un tributo en el que participaron (póstumamente) Juan Ramón Jiménez, Joaquín Xirau, Enrique Díez-Canedo, José Moreno Villa, Benjamín Jarnés y Paulino Masip—, constituye sin duda uno de los homenajes más hermosos de los muchos que los exiliados le rindieron desde este lado del Atlántico. Y el rescate de estos textos se lo debemos nuevamente a la iniciativa del director de la revista, Ramón Xirau.

“En cierta forma *Diálogos* se planteó ser varias revistas”, afirma José María Espinasa en el excelente estudio escrito para la antología que acompaña el disco compacto. En la medida en que *Diálogos* pretendía dirigirse a varios públicos a la vez, Espinasa sin duda tiene razón. En su trabajo comenta el lugar muy particular que la revista ocupa en la historia de las revistas mexicanas de aquellas décadas de los sesenta, setenta y ochenta. También subraya la importante proyección que tuvo en otros países de lengua española, sobre todo en Colombia, Cuba, España y Perú. Igualmente nos remite a la

transición, casi imperceptible, que padeció la revista a partir del número 13, al dejar entonces de ser una tribuna independiente y convertirse en una publicación de El Colegio de México. Espinasa demuestra tener un conocimiento muy amplio de todos estos aspectos históricos de la revista, y quizá sólo los verdaderos especialistas en la materia (es decir, los que protagonizaron la historia) estarían en condiciones de cuestionar las conclusiones a las que llega. Sin embargo, y puesto que su estudio no deja de ser, a su vez, una invitación al diálogo, me atrevo a mencionar un par de pequeñas discrepancias, en primer lugar acerca de la singularidad que atribuye a esta revista.

Espinasa es categórico al respecto: en la medida en que su fundador, Ramón Xirau, convocaba no sólo a escritores, poetas y artistas, sino también a estudiosos y especialistas en las diferentes ramas del saber humano, la publicación de *Diálogos* marcó la aparición en México de “una nueva concepción de la revista”. Creo que el carácter interdisciplinario de *Diálogos* contribuye mucho a explicar el atractivo ejercido por esta publicación; sin embargo, el mismo concepto de revista, o uno muy similar, se introduce (con resultados también muy felices) en otras publicaciones anteriores: por ejemplo, en la *Revista de la Universidad de México*, que bajo la dirección de Jaime García Terrés tuvo una brillante trayectoria durante la década de los cincuenta y sesenta. De hecho, los años cincuenta fueron especialmente ricos en lo que respecta a publicaciones periódicas que trascienden los límites tradicionales de la ciudad literaria para dialogar con las ciencias sociales. De ello dan fe no sólo la *Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, que empezó a publicarse en 1954, sino también, y sobre todo, el gran suplemento de *Novedades, México en la Cultura*, que a lo largo de la década de los cincuenta, bajo la dirección de Fernando Benítez, Miguel Prieto y Vicente Rojo, reunió a poetas, críticos y prosistas, pero también a antropólogos, historiadores y filósofos para convertirse en uno de los grandes foros culturales del medio siglo en América Latina. Aunque si queremos llegar hasta el origen de esta propuesta interdisciplinaria, tal vez habría que remontar más lejos todavía en el tiempo, hasta la revista *Romance*, que editaron en México, a principios de los años cuarenta, Juan Rejano, Miguel Prieto y un grupo de jóvenes escritores españoles.

En este sentido se entiende la crítica que, en carta a Ramón Xirau, Octavio Paz le dirigió al primer número de *Diálogos*, aparecido en diciembre de 1964. Después



de expresar el gusto que le había dado recibir la revista, el futuro premio Nobel creía pertinente matizar un poco esta primera reacción favorable:

El primer número me ha parecido un buen número de *otra* revista literaria. No un número excepcional; tampoco un número *distinto*; menos aún un *primer* número... el problema de la revista no es el de los textos sino el de notas, sentido, dirección, intransigencia, verdadero diálogo (*Diálogos*, núm. 2, 1965).

Para romper con el panorama ya existente, Paz evidentemente quería que esta nueva revista fuese más contestataria, más combativa, que tomara una actitud clara y tajante ante los diferentes temas sociales, políticos o artísticos del momento. Es probable que viera en *Diálogos* una publicación demasiado parecida a otras revistas que ya existían y aun cuando no las menciona por su nombre, no es imposible que haya tenido presentes, como digo, la *Gaceta del Fondo* y la *Revista de la Universidad*, entre otras que, si bien abrían sus páginas a un panorama interdisciplinario muy amplio, no eran revistas de un grupo ni de una línea ideológica precisa.

En vista de lo que ahora sabemos sobre la trayectoria combativa del propio Paz como director, primero

de *Plural* y luego de *Vuelta*, la crítica dirigida al primer número de *Diálogos* resulta lógica y esperable. Pero no por ello deja de ser injusta, en vista de lo que el propio Xirau había anunciado en el "Epígrafe" de esa primera entrega de su revista, donde ya había dejado firmemente asentado que el sentido de su revista iba a ser otro:

Ni el grito, ni el silencio. *Diálogos*, como una vez más lo indica su título, se ofrece a la Palabra. Lugar de comunidad entre los escritores, aspira a ser el puente necesario entre quien escribe y quien lee. También del lector, esperamos el diálogo. Nada podrá servirnos como su consejo, su comentario, su advertencia.

Discutir, conversar, distinguir, reflexionadamente: esto es, dialogar.

Para Paz la tarea de una revista parecía consistir en sacudir la buena conciencia ajena, en provocarla y retarla: en tanto portavoz de un grupo, o de un individuo, la revista nunca debe transigir con nada ni con nadie, sino mantener su fidelidad a la visión de mundo de ese grupo o individuo. De ahí que para Paz el verdadero diálogo consista, como él mismo lo dice, en la *intransigencia*. Nada más opuesto, desde luego, que la postura de Xirau, para quien el diálogo toma la forma, no de

un enfrentamiento, sino de una *conversación* en la que importa tanto escuchar como hablar. Si bien la actitud provocativa de Paz lo acerca a Nietzsche o a Jorge Cuesta, la de Xirau lo vincula con Platón o con los humanistas del Renacimiento (Juan de Valdés o Tomás Moro). Desde luego, las dos actitudes derivan en revistas muy diferentes, y si *Diálogos*, en su respeto a la pluralidad de puntos de vista, corre el riesgo de carecer de una fuerte personalidad propia, tal como Paz sugiere en su carta a Xirau, algunos dirían que publicaciones como *Plural* y *Vuelta* se enfrentan al peligro contrario de sacrificar la tan publicitada pluralidad ideológica a las idiosincrasias del grupo o del individuo que las impulsa y las orienta. En realidad, no obstante, resulta tan infundada una crítica como la otra.

Con todo esto, habrá quedado claro, espero, que si bien comparto la admiración que José María Espinasa expresa por *Diálogos*, me cuesta trabajo hacer mía su interpretación de la genealogía de esta revista, más aún cuando nos ofrece la siguiente síntesis: “en cierta forma *Diálogos* vendría a ser la última de las revistas literarias y la primera de las revistas modernas, en la línea que proseguirían *Plural*, *Vuelta*, *Nexos* y *Letras Libres*”. El término *moderno* es equívoco: los modernistas creían que lo que hacían era moderno, como también lo creían los vanguardistas del periodo de entreguerras, que quisieron tumbar a los modernistas. Pero dejando a un lado si conviene o no usar una etiqueta tan discutible, salta a la vista que la modernidad de una revista como *Diálogos* era distinta a la modernidad de las otras cuatro revistas mencionadas, todas ellas altamente combativas. Como fuera, propongo una genealogía ligeramente distinta de la que propone Espinasa. Me parece que si hay que señalar un parteaguas, éste sería el cierre de *Vuelta* en 1998. Lo que *Diálogos* comparte con *Plural* y con *Vuelta*, y que al mismo tiempo la distingue de *Nexos* y de *Letras libres*, es que son revistas en las que la poesía desempeña un papel absolutamente

central. Esto es lo que le confiere su personalidad entrañable (e inconfundible) a *Diálogos*, y es también lo que asegura que *Plural* y *Vuelta* finalmente sean revistas plurales, porque en los tres casos el diálogo que más importa es el que se da a través de la creación de la palabra y no el que se busca por medio del mero enfrentamiento de las ideas.

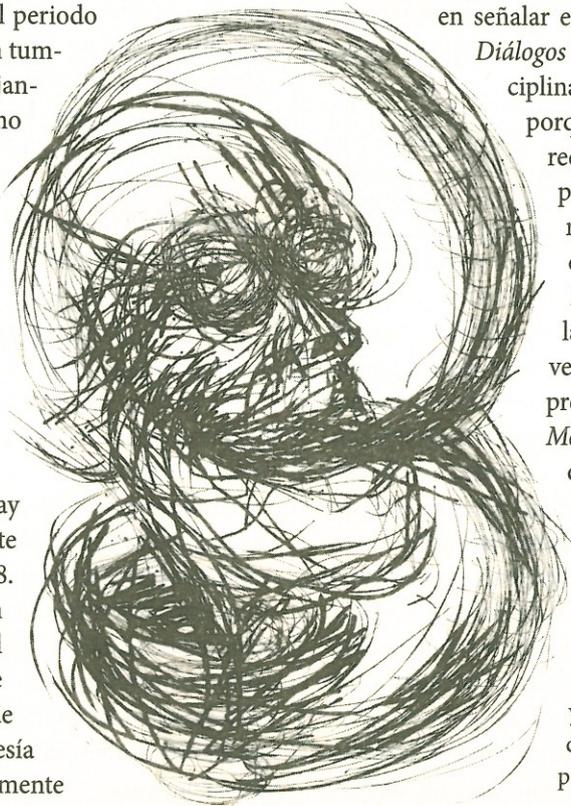
Importa, en efecto, recordar que, pese a sus imponentes trabajos en el campo de la filosofía, Ramón Xirau ha sido, y sigue siendo, por encima de todo, un poeta, como también lo fue, desde luego, Octavio Paz. Cualquier lector que realmente se interese por la poesía (es decir, que se apasione por ella) se da cuenta en seguida de cuándo una revista es una auténtica casa de la poesía o cuándo es tan sólo un periódico que introduce los versos para adornarse de repente. Durante veinte años, *Diálogos* fue un espacio en el que la poesía en lengua española prosperó como pocas veces en la historia de la cultura mexicana. Y esto lo debemos, sin duda alguna, a los esfuerzos incansables de Xirau, quien, número tras número, insistió en que la poesía no sólo tuviera voz allí, sino que respirara a sus anchas. Según Espinasa, “Paz, que sabía reconocer lo que hacían bien otros escritores, aprovechó la experiencia de *Diálogos* para volver

mejor el proyecto de *Plural*”. Creo que tiene razón en señalar esta deuda, pero no por cuanto

Diálogos haya tenido de revista interdisciplinaria, sino simple y sencillamente porque esta revista sin duda le habrá recordado lo importante que era proteger y promover la poesía, no permitir que las preocupaciones puramente ideológicas la sofocaran. Aunque, claro, a la hora de reflexionar sobre esta verdad, Paz también habría tenido presente el ejemplo de la *Revista Mexicana de Literatura*, que fue, desde luego, el otro gran antecedente inmediato de *Plural*.

Nos explica Espinasa:

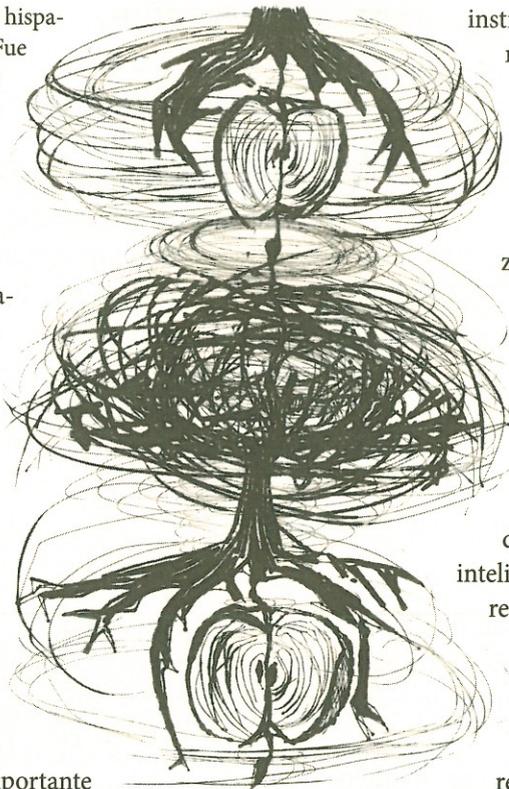
[Xirau era poeta], y eso hizo natural que el género [la poesía] sirviera de columna vertebral y sistema nervioso de la revista, que siempre publicó al menos tres poetas, casi siempre un mexicano



conocido, un mexicano joven y un hispanoamericano o una traducción. Fue una manera, más que de informar o introducir autores, de moldear una sensibilidad para ciertas cosas que vendrían después (por ejemplo, *Paradiso* de Lezama Lima, *Blanco de Paz*...).

Me parece muy atinada esta imagen de la poesía como “columna vertebral y sistema nervioso de la revista” porque, en efecto, para comprender la importancia del papel desempeñado por la poesía, conviene fijarse no sólo en la variedad y la calidad de los numerosos textos poéticos publicados en *Diálogos*, sino también en la autoridad muy especial que la experiencia poética en general disfruta a lo largo de la vida de la revista. La interdisciplinariedad era un rasgo importante de la revista, sin duda, pero más decisiva era la forma en que *Diálogos* supo revalorar la relevancia de la poesía para el conocimiento del mundo en que vivimos, una relevancia que la hacía una hermana ya no sólo de las ciencias sociales, sino de la ciencia propiamente dicha. Al imponer este sello a su revista, Xirau era muy moderno, claro, pero también era muy fiel a la sabiduría de los presocráticos. “No escuchándome a mí, sino al Logos —decía Heráclito, en una frase citada alguna vez por el propio Xirau— sabio es que reconozcas que todas las cosas son una”.

Quisiera terminar por referirme brevemente al hecho de que, a partir del número 13, *Diálogos* se convirtió en una publicación de El Colegio de México. Como señala Espinasa en su estudio introductorio, resulta sorprendente observar que la revista no perdió su independencia al hacerlo. Al contrario, fue un acontecimiento que parece haber beneficiado por igual a las dos partes del convenio: la revista gozaba de una vida más o menos estable gracias a la financiación recibida de El Colegio de México, y éste contaba por primera y única vez en su historia con una publicación de altura, si bien no estrictamente académica, en la que los miembros de la institución pudieran conversar, ya no con otros especialistas en la misma materia que ellos, sino con personas



instruidas e interesadas en los aspectos más diversos de la comedia humana. Como señala Espinasa, este diálogo interdisciplinario supuso para El Colegio de México la posibilidad de rescatar la propuesta humanística que había caracterizado a la institución en sus primeros años. Por lo mismo, si bien debemos a Xirau la concepción misma de la revista y el esfuerzo descomunal necesario para mantenerla viva a lo largo de más de veinte años, también cabe agradecerles a las autoridades de El Colegio de México la inteligencia y la generosidad con que respetaron su orientación original. Este respeto resulta aún más admirable cuando se recuerda que fue justamente en la década de los sesenta cuando la institución recibió fuertes presiones para que

abandonara su antigua pedagogía huma-

nística para convertirse en una fábrica de especialistas. Es imposible regresar en el tiempo, pero al hojear los diferentes números de *Diálogos*, es difícil dejar de sentir nostalgia por una época como aquella en que todavía se consideraba natural, y hasta deseable, que un historiador se interesara en la lingüística o que un politólogo se apasionara por la poesía. Ahora nos quedan tan sólo la sala de profesores o la mesa del comedor para aprender los unos de los otros, pero desde luego no es lo mismo.

En fin, el propósito de estos párrafos es saludar la aparición tanto de la antología como de la reedición digital de *Diálogos* y celebrar ambas publicaciones, pero también homenajear a quienes realizaron el milagro de publicar la revista a lo largo de sus veinte años de vida. Para todos los que nos interesamos por la historia de la cultura hispánica del siglo xx, esta revista contiene materiales de enorme valor. Pero, como he querido señalar, la revista no se dirige en primer lugar a los especialistas, a los estudiosos: intenta establecer una conversación, ahora como antes, con todo lector que tenga curiosidad por las vicisitudes de la existencia humana. La posibilidad de mantener un diálogo con *Diálogos*, estoy seguro, es algo que va a enriquecer la vida de muchas generaciones del futuro. ☞

En la explanada de El Colegio... noticias y actividades

Campaña Anual Colmex



Premio Excelencia Colmex al Mejor Estudiante Un impulso a los estudiantes con excelencia académica

El Fondo Patrimonial en Beneficio de El Colegio de México es una asociación civil creada en 1986 con el objetivo de contribuir al crecimiento y desarrollo de El Colegio de México.

Después de cinco exitosas campañas dedicadas a mejorar las instalaciones de El Colegio de México, este año, el Fondo se enfoca a los estudiantes y su desempeño, buscando impulsar a quienes han demostrado excelencia académica.

El **Premio a la Excelencia Colmex** es una iniciativa del Fondo Patrimonial cuyo objetivo es promover la investigación en ciencias sociales y humanidades, y fomentar la excelencia académica en El Colegio de México.

Este año se otorgará por primera vez el **Premio Excelencia Colmex al Mejor Estudiante** el cual consiste en un estímulo de **10 mil pesos** para el estudiante más destacado de cada semestre de los programas académicos que se imparten en El Colegio de México. Se premiará a los estudiantes de las licenciaturas y de los posgrados de El Colegio que pertenecen al Programa Nacional de Posgrados de Calidad.

Nuestra meta:

El objetivo de esta campaña es crear un fondo que permita dar continuidad a este premio.

¿Cómo ayudar?

Tu donativo es deducible de impuestos y lo puedes realizar en un solo pago o periódicamente por medio de:

- Tarjeta de Crédito
- Cheque
- Depósito o transferencia bancaria
- Descuento por nómina (empleados de El Colegio)

Datos bancarios: Banorte ● Núm. de cuenta: 00114058319 ● Clabe: 072180001140583198 ● Nombre: Fondo Colmex, A.C.

Beneficios para donantes:

- Ingreso gratuito por un año a publicaciones electrónicas a través de la Biblioteca Daniel Cosío Villegas.
- Suscripción por un año a una de las revistas de El Colegio.
- Envío del *Boletín editorial* de El Colegio de México.
- El premio podrá llevar el nombre de la persona, empresa o institución donante. Consulte términos y condiciones.
- Habrá una ceremonia de entrega de premios donde se reconocerá a los ganadores y donantes.
- La lista de los ganadores y donantes será publicada en la página web www.fondocolmex.org.mx.
- Recibo deducible de impuestos por concepto de donativo.

¡Tu participación hará la diferencia!

Más informes: Dirección de Desarrollo Patrimonial:
desarrollopatrimonial@fondocolmex.org.mx egresados@colmex.mx
Teléfono: +52 (55) 5449 2938 / 5559 0426 Fax: 5449 3000 ext. 5605



EL COLEGIO DE MÉXICO

CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS,
URBANOS Y AMBIENTALES

Premio

Gustavo Cabrera Acevedo 2009

Con el propósito de estimular la elaboración de trabajos e investigaciones en las ciencias sociales de alta calidad, el Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales (CEDUA) de El Colegio de México convoca al Premio Gustavo Cabrera Acevedo 2009 a la mejor tesis de maestría, y a la mejor investigación en el campo de los estudios urbanos y ambientales, bajo las siguientes bases:

- i. Para tesis de maestría, podrán participar aquellas que hayan sido aprobadas en una institución de educación superior de México, entre el 1° de septiembre de 2007 y el 31 de agosto de 2009, y que se enmarquen en alguna de las siguientes líneas temáticas: i) economía espacial; ii) sociedad y política urbana, y iii) medio ambiente urbano.
- ii. Para investigaciones, podrán participar aquellos artículos originales e inéditos y que abarquen alguna de las siguientes líneas temáticas: i) economía espacial; ii) sociedad y política urbana, y iii) medio ambiente urbano. El autor del artículo deberá estar adscrito a una institución de educación superior del país.
- iii. Las tesis de maestría deberán estar escritas en hojas tamaño carta (8.5 x 11 pulgs.) por una sola cara, a doble espacio y con letra Times Roman o Arial de 11 o 12 puntos. Su extensión máxima será de 200 cuartillas, incluyendo cuadros, gráficas, mapas, figuras y bibliografía.
- iv. Los artículos deberán tener una extensión máxima de 50 cuartillas, incluyendo cuadros, gráficas, mapas, esquemas y bibliografía; estarán escritos en hojas tamaño carta (8.5 x 11 pulgs.) por una sola cara, a doble espacio y con letra Times Roman o Arial de 11 o 12 puntos.
- v. La carátula de las tesis y artículos deberán llevar escrito solamente el título del documento y el seudónimo del autor o autora. El original del documento se entregará engargolado o empastado.
- vi. Los interesados en participar entregarán a la Dirección del CEDUA lo siguiente: i) original y archivo electrónico del documento; ii) un sobre cerrado rotulado con el seudónimo y que contenga una síntesis del documento, con extensión máxima de dos cuartillas; iii) un sobre cerrado rotulado con el seudónimo y que contenga la identificación personal: nombre, institución de adscripción, domicilio, teléfono y correo electrónico, y iv) en su caso, constancia oficial de aprobación de la tesis.
- vii. Las postulaciones serán recibidas hasta las 18:00 hrs. del 18 de septiembre de 2009.
- viii. Las tesis y los artículos serán evaluados por un Jurado Dictaminador, designado por el Presidente de El Colegio de México, que estará integrado por cinco académicos de reconocido prestigio, de los cuales al menos cuatro serán externos a El Colegio de México. En el Jurado no podrán participar quienes hayan dirigido alguna tesis concursante, como tampoco quienes postulen un artículo para el premio.
- ix. Los criterios de evaluación atenderán fundamentalmente al rigor analítico y metodológico de las tesis y los artículos.
- x. El fallo del Jurado será inapelable. Cualquier situación no prevista en estas bases será resuelta por los miembros del Jurado.
- xi. El primer lugar de cada categoría consistirá en un diploma y \$ 50 000.00 (cincuenta mil) pesos. El segundo lugar para cada categoría recibirá un diploma y \$ 25 000 (veinticinco mil) pesos. Al tercer lugar de cada categoría se le otorgará un diploma.
- xii. El Jurado Dictaminador podrá recomendar a El Colegio de México la publicación de los primeros lugares de cada categoría.
- xiii. La ceremonia de entrega de premios será en el mes de diciembre de 2009.

El Premio Gustavo Cabrera Acevedo fue creado por el generoso donativo de la empresa NEOLPHARMA, con objeto de promover los estudios demográficos, urbanos y ambientales de alta calidad.

Informes Premio: Dirección CEDUA: teléfono (55) 5449 3000, exts. 2063, 3029 o 3233.

correo electrónico: premiogustavocabrera@colmex.mx
Camino al Ajusco núm. 20, colonia Pedregal de Santa Teresa,
delegación Tlalpan, Distrito Federal, C.P. 14200,

ROBERT GRAVES

*Poemas**

La vara

Estas lágrimas que inundan mis ojos, ¿son de dolor
o de alivio: haber acabado con otros amores,
para abstenerme de locuras pueriles?

Nos ha tocado ser modelos
de un amor tan apartado de la cortesía
que ahora rara vez estamos solos en un cuarto
o nos damos un beso de buenas noches, o hasta cenamos juntos
si no es con conocidos.

Pues mientras recorramos el mismo paraíso verde
y confiados usamos la misma vara verde
que aún restaura las esperanzas marchitas de otros
mucho más afligidos que nosotros,
¿cómo podemos temer el estanque ancho y sin fondo
de infamia absoluta, que nos subyace,
donde se incuban los huevos del odio?

(Traducción de Xóchitl Ponce Wainer)

* Estos poemas fueron traducidos por alumnos de la maestría en traducción
de El Colegio de México, bajo la supervisión de Martha Elena Venier.

El dolor de crecer

Mi primer amor, que punzó y laceró,
¿debo aceptarlo como parecía entonces
aunque siga documentado, fechado
y hasta inalterablemente anotado
por tu pluma sincera?

El amor nunca miente, ni cuando más extiende
dimensiones, penas o reproches,
sino, pase lo que pase, permanece
irrevocablemente fiel a sus peores dolores.

(Traducción de Orly González Kahn)

Problemas de género

Girando en torno al Sol, a distancia respetuosa,
la Tierra se mantiene tibia, no se quema; pero la Luna
girando en torno a la Tierra, a distancia desdeñosa,
volverá lunáticos a los hombres (si osan desafiarla)
con semillas de amor gélido, no sembradas por despecho.

La humanidad, hasta ahora, sigue sin decidir
cuál es el género del Sol —las gramáticas disienten—
y cuál el de la Luna. ¿Debería la Luna ser dios o diosa:
subiendo la marea, pastoreando rebaños de estrellas
que nunca se muestran a plena luz del día?

Así pues, curiosos problemas de decoro
retan a los fervientes amantes de cada sexo:
¿quién gira en torno a quién a distancia respetuosa?
¿o quién, en cambio, a distancia desdeñosa?
¿y quién controla los majestuosos poderes de la noche?

(Traducido por Aimée Valckx Gutiérrez) 

Hacia una sociología del desempleo

En la actualidad, la tasa de desempleo abierto en México alcanzó 5.25% de la población económicamente activa (PEA), lo que representa cerca de 45 000 000 de personas. En términos absolutos, esa tasa indica que el universo de personas en busca de un trabajo (según se define la tasa de desempleo abierto), formal o informal, alcanzó una dimensión sin precedentes en México, de casi 2.4 millones de individuos. Es la segunda tasa más elevada observada desde la primera elaboración de este indicador a nivel nacional, en abril de 2000.

Por si lo anterior fuera poco, entre junio de 2008 y abril de 2009 había 5 537 000 personas de 14 años o más que manifestaban disponibilidad para trabajar, pero desistían de buscar un empleo “por considerar que no tienen posibilidades” de encontrarlo; otras 119 229 personas desistieron de buscar ocupación. Esta población, elípticamente denominada “subocupada”, representó 12% de la PEA. Por lo tanto, si sumamos la tasa de desempleo abierto a la tasa de subocupación constatamos que del total de la PEA de 45 000 000 de personas, 17.25% se encontraba sin trabajo, desempeñaba tareas por debajo de sus necesidades o simplemente no buscaba algo que hacer en forma remunerada. Ello implicaba un total de 7 762 500 personas en el país, 17.25% de la PEA y 7.7% de la población total. De manera que el número de personas que se quedó sin posibilidades de trabajar y que perdió la motivación para hacerlo se multiplicó y la tendencia se intensificó.

Es importante señalar que la dinámica indicada no es un resultado coyuntural. Se conformó desde principios de la década de los ochenta y no hizo sino profundizarse

desde 1982 en adelante. Sin embargo, lo relativamente novedoso es el énfasis cuantitativista que se ha puesto en las implicaciones de esta evolución.

En efecto, en los últimos veinticinco años (1982-2008), el análisis de la evolución del desempleo y del subempleo se ha identificado con aproximaciones realizadas por economistas interesados en el impacto de las políticas macroeconómicas en la estructura de los mercados de trabajo sin tomar en cuenta el estudio de las diferencias sociales inducidas por esos fenómenos, sus consecuencias sociopolíticas (Reygadas, 2008) y su impacto en la subjetividad de las personas.

Quizás la afirmación del que fuera secretario de Hacienda del gobierno de Carlos Salinas de Gortari (1988-1994), Pedro Aspe Armella, de que la pobreza y el desempleo eran “mitos geniales” caracterice bien esa postura. De hecho, el análisis de los efectos sociales y del impacto subjetivo de la imposibilidad de encontrar trabajo remunerado fue desplazado por la caracterización cuantitativa de las sociedades a partir de la distribución del ingreso nacional y, sobre todo, por la codificación de las diferencias sociales en términos de la capacidad de consumo. Esto fue de particular interés para los expertos en tecnologías de *marketing*, los cuales también fueron utilizados para interpretar el comportamiento electoral, convertido a su vez en un simple efecto de los niveles de ingreso de la población.

En estos enfoques, las relaciones sociales, las actitudes y las subjetividades recíprocas de los actores fueron omitidas y el comportamiento político pasó a ser explicado por la influencia de los medios de comunicación u otros factores que no guardaban relación con las redes sociales. Así, la sociología política fue reemplazada por



el discurso de la elección racional, fuertemente influenciada —si no es que determinada— por factores estructurales como los mencionados.

En el periodo reciente, en que una nueva crisis azota al mundo capitalista pero ahora en su propio corazón, el de la economía norteamericana, algo similar está ocurriendo con el análisis del desempleo, que dejó de ser considerado como un indicador de desintegración social para convertirse en un simple síntoma de desaceleración económica. En las recesiones de 1994-1995 (efecto tequila) y 2000-2001 (crisis asiática), y en la crisis que estalló en agosto de 2007 con las denominadas hipotecas tóxicas, los despidos fueron asimilados a efectos coyunturales de la dinámica económica, mero reflejo de la flexibilidad que caracteriza a los mercados de trabajo contemporáneos. Brilla por su ausencia cualquier consideración que intente asociar los fuertes incrementos del desempleo abierto con el crecimiento de la criminalidad urbana, el auge del tráfico de estupefacientes, la anomia imperante entre los jóvenes,

la emigración hacia Estados Unidos y la centralidad que empezaron a tener las remesas de los migrantes en la vida cotidiana de amplios sectores de la sociedad mexicana.

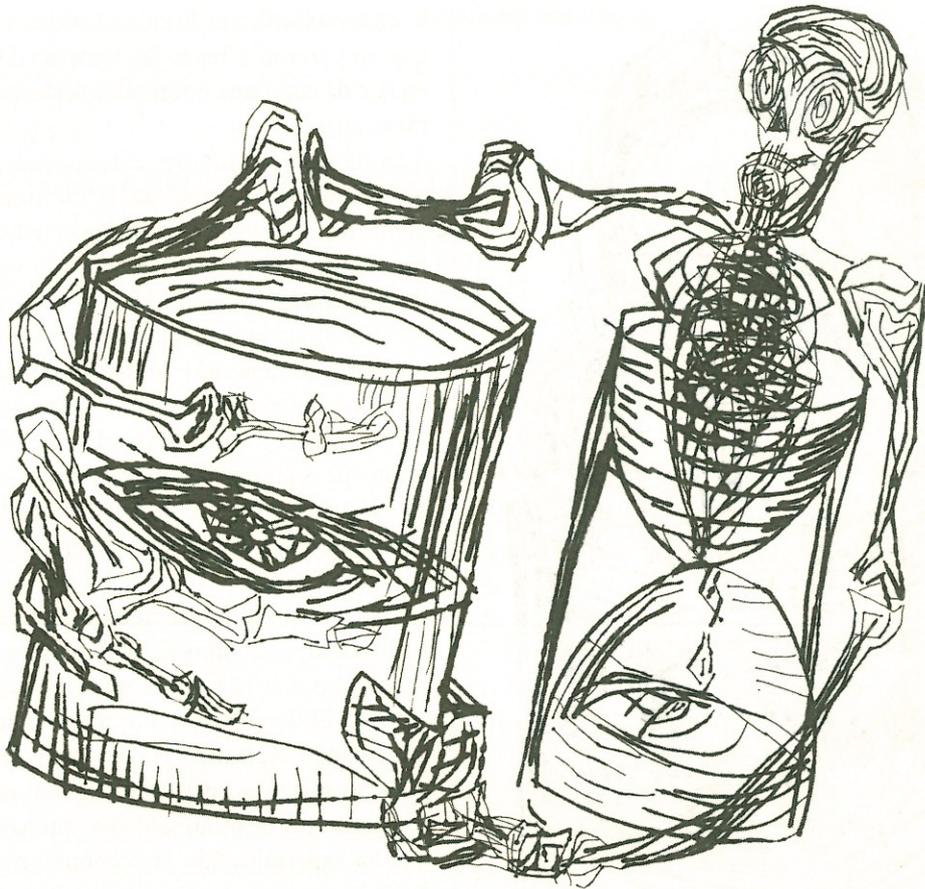
Se hicieron y se hacen afirmaciones perentorias de que la pérdida de empleos, la informalización de los mercados de trabajo y la incapacidad de la economía para generar ocupación laboral sólo reflejan una modernización de los mercados de trabajo en términos de su flexibilización y adaptabilidad a la evolución de los mercados. La ausencia de oportunidades de empleo y su supresión continúan siendo “mitos geniales” que no tenían ni tienen relación con la aparición de elevados niveles de criminalidad, precariedad e inseguridad ciudadana, ni con todos los fenómenos de desorganización social que forman parte del escenario cotidiano de la vida en México.

Quisiéramos argumentar en contra de la idea de que las decisiones económicas no tienen impacto en la vida social y política ni sobre la subjetividad de los actores sociales. El desempleo no es un fenómeno cuya dinámica pueda explicarse sólo a partir de determinadas políticas macro o micro económicas, especialmente si consideramos la profundidad y duración de las crisis que ha experimentado la economía mexicana. Desde 1982, la ausencia de dinamismo del producto interno bruto (PIB), las devaluaciones del peso en relación con el dólar, la desindustrialización, la privatización de las empresas de propiedad estatal y los efectos perversos del libre comercio (sobre todo en la producción agrícola), entre otras políticas que se pusieron en práctica desde ese año en adelante, han tenido impactos sociales, políticos y personales sobre la vida de quienes se ven expuestos a ellas directa o indirectamente.

En términos generales, la cuestión a debatir tiene que ver con la ruptura o la separación analítica que los economistas pretenden realizar en relación con los efectos que determinadas políticas tienen sobre la estructura social, las estrategias de reproducción social y la subjetividad de las personas a las que les toca vivirlos.

Evolución económica, desempleo abierto e informalidad: algunas cifras

Después de la crisis mexicana de 1982, el tipo de cambio, el producto interno bruto, la inflación y el desempleo abierto tuvieron trayectorias que reflejaron un deterio-



ro creciente de la economía mexicana, el cual, lejos de atenuarse, parece más bien ahondarse.

En años recientes, entre el sexenio de Zedillo (1994-2000) y el de Fox (2000-2006), el tipo de cambio pasó de un promedio de 9.25 pesos por dólar a 11.12 pesos por dólar, y entre el sexenio de Fox y el de Calderón alcanzó los 13.47 pesos por dólar. La variación promedio del PIB fue de 5.6% con Zedillo y de 3.53% con Fox, mientras que entre 2007 y 2009 fue de -6.1% (en 30 meses de gobierno de Calderón). Por su parte, la inflación promedio sexenal pasó de 22.5% con Zedillo a 4.43% con Fox y a 5.48% con Calderón. En cuanto a la tasa promedio de desempleo abierto, ésta pasó de 4.25% con Zedillo a 3.79% con Fox y a 4.58% con Calderón.

Quien haya vivido en México entre 2000 y 2009 puede fácilmente constatar que en ese periodo la sociedad mexicana vio profundizarse dramáticamente el desorden, la inseguridad, la criminalidad, la emigración, el deterioro salarial y el despido como estrategia de aumento de la productividad (!), entre otros efectos. Quien pueda afirmar que es ajeno a los fenómenos de

desorganización social en curso en México, o vive como ermitaño o lisa y llanamente no ve lo que ocurre día tras día en las calles de todas las ciudades del país. Es indudable que el diagnóstico acerca de la evolución de los mercados de trabajo es muy preocupante.

En consecuencia, cabe preguntarse: ¿cómo sostener que ese escenario sea ajeno a una profundización radical del deterioro de los vínculos que generan relaciones sociales estables y ciertas y que permiten sostener un orden social? ¿Cómo atreverse a manifestar que el incremento de la desigualdad social, del desempleo abierto, de la emigración de vastos contingentes de población al exterior (3 000 000 de personas emigraron a Estados Unidos entre 2000 y 2006 a un ritmo de 500 000 personas al año), de la dependencia de las familias pobres de las remesas, no guardan relación alguna con las decisiones económicas que se tomaron después de 1982, al liberalizar el comercio, privatizar el sector de propiedad estatal de la economía y desregular la contratación colectiva del trabajo? ¿Puede afirmarse que las políticas económicas del periodo 1982-2009 no tienen nada que

ver con los fenómenos mencionados? No obstante, no es sólo en términos estrictamente “objetivos”, cuantitativos si se quiere, que uno puede preguntarse acerca de esos asuntos. Existen otros ámbitos, como el de la subjetividad de los actores sociales que pierden su inserción laboral, que también deben formar parte de estas interrogantes. Es a estos ámbitos que dirigiremos nuestra atención a continuación.

Otros efectos del desempleo: desintegración social y crisis de la subjetividad de los actores sociales

No obstante el interés que pueda suscitar la información cuantitativa, estrechamente ligada a la forma de pensar de los economistas y de otros científicos sociales, existen dimensiones no-económicas del desempleo que son incluso más preocupantes porque tienen que ver con la cohesión de la sociedad, la fuerza de sus mecanismos de integración y las consecuencias subjetivas del fenómeno en la población joven. En efecto, el desempleo y la falta de oferta de trabajo, que afectan sobre todo a la población joven (18-30 años), constituyen también una experiencia subjetiva que, en México, ha sido analizada de forma sistemática en una serie de estudios, entre los que sobresalen los de Margarita Estrada (1994), Luis Varguez (1999), Geysler Margel (2001), Miguel Ángel Olivo (2005) y, recientemente, el de Eleocadio Martínez (2009), entre otros. Estos estudios remiten a una reflexión de índole antropológica o sociológica y descartan la visión de los economistas laborales que han asociado el fenómeno a coyunturas económicas como las crisis de 1994-1995, 2000-2001 o 2007-2009. No obstante, estas investigaciones no tienen ningún impacto en las decisiones macroeconómicas que tomaron —y seguirán tomando— los responsables de la construcción del nuevo modelo económico, denominado de la transnacionalización del mercado interno.

La idea según la cual el desempleo y la falta de oferta de trabajo no son fenómenos anómalos sino que forman parte estructural del modelo económico está estrechamente ligada a la implementación de las reformas de primera generación recomendadas por el Consenso de Washington en la década de los ochenta, mismas que fueron puestas en práctica por el gobierno mexicano a instancias del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, instituciones que sujetaron a la aplicación de estas reformas la ayuda que propor-

cionaron en la coyuntura de la crisis del pago de la deuda externa (1982).

Entre las reformas que tuvieron impacto directo sobre el aumento del desempleo abierto en el mercado de trabajo formal figuran en lugar destacado la declaratoria de quiebra y el cierre de la empresa siderúrgica Fundidora de Hierro y Acero de Monterrey (mayo 1986), así como los procesos de reestructuración de empresas como Minera de Cananea (1989), Altos Hornos de México (AHMSA) (1990-1991) y Siderúrgica Lázaro Cárdenas-Las Truchas (Sicartsa) (1990-1991). Estas decisiones implicaron el despido de miles de mineros y de obreros siderúrgicos y se sumaron a otras como las del cierre de la refinería petrolera de Azcapotzalco (1991) y de la planta de General Motors (1995), que tuvieron lugar en el contexto de la privatización del sector de propiedad estatal. Impactos adicionales tuvieron que ver con la desregulación de la contratación colectiva del trabajo que fue llevada a cabo entre 1982 y 2000 por la Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STPS), a la cabeza de la cual estuvo por doce años Arsenio Farell Cubillas, artífice director de la casi totalidad de estas decisiones, en estrecho contacto con el ya mencionado secretario de Hacienda y Crédito Público, Pedro Aspe.

Dada la centralidad que habían tenido esas empresas en el ámbito productivo de México desde comienzos del siglo xx, esos cierres tuvieron un impacto simbólico porque fueron la expresión del fin de una época del desarrollo del país. En efecto, se trataba de empresas que habían sido motores del desarrollo por los encadenamientos que todas ellas tenían con varios sectores de la industria manufacturera y, en términos más generales, con la actividad económica nacional. Además, tenían una significación histórica pues habían conformado el corazón de la producción minera, de la industrialización, de la formación de actores de clase y del sindicalismo. Por ello, la decisión de cerrarlas no sólo impactó a los miles de trabajadores que se vieron afectados porque pasaron a ser desempleados sin alternativas de reinsertarse en la minería o en la industria, sino que cuestionó incluso la significación que el trabajo había tenido en la vida de las personas. Cuestionó toda una ética con la que se habían socializado amplias mayorías de la población.

Específicamente, esos cierres de empresa y el desempleo que generaron permiten interrogarse acerca de los procesos que dieron lugar a la formación y a la transformación de la identidad obrera, no sólo en el

espacio fabril, sino también en la vida cotidiana que tenía y tiene lugar en los barrios, en las ciudades/enclaves en donde estaban las viviendas de los trabajadores.

Por último, en forma menos visible pero no por ello menos cierta, las fluctuaciones de ocupación de la PEA tuvieron un impacto sobre la informalización de los mercados de trabajo, que en 2009 alcanza a más de 45% de dicha población (OIT, 2009). Ello contribuyó a reestructurar los mercados de trabajo fomentando la subcontratación, el empleo temporal o parcial, la ausencia de seguridad social y de salud y la precariedad de las condiciones de trabajo, entre otros fenómenos que tienen como característica común la producción de altos niveles de incertidumbre entre las personas que se ven sujetas a ellos y generan conductas típicas de sociedades en vías de desintegración.

Al omitir las dimensiones subjetivas inducidas por el desempleo y el subempleo, se hace caso omiso de los aspectos cotidianos de la vida laboral, pues según las hipótesis derivadas de muchas investigaciones, la subjetividad se adquiere en la esfera de la vida cotidiana, en la que las personas tienen una participación activa en la formación de su identidad a partir de la convivencia dentro del ámbito laboral, en la familia y en el barrio. Esto contribuye al desarrollo de formas de integración social que permanecen a pesar de los cambios que puedan tener lugar en la vida económica o política. Si bien estos cambios pueden tener impactos sobre esas formas de integración y por ello afectar las costumbres, las formas de sentir y de pensar la vida y la expresión de sus aspiraciones, es también posible que ellas permanezcan y contribuyan a amortiguar esos impactos.

En este sentido, y desde el punto de vista sociológico, el fenómeno del desempleo permite trascender el enfoque reduccionista utilizado por los economistas y pensarlo teóricamente a partir de la formación, desarrollo y crisis de las identidades. En esta perspectiva, es importante diferenciar entre identidad individual e identidad colectiva porque éstas se generan en la interacción y en las relaciones sociales. En el caso particular de la identidad obrera, ésta se halla inserta en la cultura obrera, de la cual la vida fabril es su lugar constitutivo, el espacio en donde se crean y recrean estructuras que permanecerán incluso después de que sus agentes, los obreros, dejen de serlo.

Además, en contextos como el de México, la existencia de un proletariado con poca experiencia industrial impidió generar identidades exclusivamente obreras,

por lo que, al perder el empleo, los obreros industriales experimentaron una fragmentación en la que coexiste lo propio del mundo fabril con lo propio del mundo prefabril, lugar de su socialización primera.

Los despedidos de Fundidora de Monterrey: ¿cómo convertirse en ex obrero?

La fragmentación de la identidad obrera está bien descrita por Eleocadio Martínez (2009) en su trabajo sobre los ex obreros de Fundidora de Monterrey, en el que argumenta que tal identidad puede concebirse como un entrecruzamiento entre la biografía laboral, las redes sociales y los espacios en los que transcurre la vida de los trabajadores. Así pues, la identidad obrera, más que ser un reflejo directo de la experiencia fabril es, como argumenta Reygadas (1998), una herramienta para analizar la dimensión simbólica del trabajo fabril. Lo anterior permite identificar un proceso de transición desde la identidad de “obrero” a la de “ex obrero”, proceso a través del cual la conciencia de los obreros se articula a partir de la experiencia del desempleo. Esta forma híbrida que asume la conciencia de los trabajadores permite ubicar una nueva categoría social, la de los “ex obreros”, que ha cobrado mucha visibilidad en el contexto de la reestructuración de las economías latinoamericanas en las que la liberalización comercial, los cierres o la privatización de empresas estatales y la desregulación laboral desempeñaron un papel central.

Convertirse en ex obrero es un proceso contradictorio de reforzamiento y de resignificación de rasgos identitarios que vienen de los vestigios y residuos del pasado. Esto involucra tensiones entre el pasado, el presente y el futuro, ya que la identidad pasada atraviesa las vidas de las personas y obliga a ajustes y adaptaciones no sólo sobre la base de toma de conciencia individual de los cambios, sino también a partir de los significados que los demás le asignan a esas experiencias y de la forma que asumen las acciones colectivas. La idea de “ex” se origina en los trabajos de Fuchs (1998) y De Gaulejac (2005), quienes problematizan el proceso de cambio de adscripción de roles en el contexto de las transformaciones de la vida personal, de la vida económica y de las estructuras sociales que induce el desempleo u otros eventos en la vida de las personas.

Así, el grado y la duración de integración al mundo obrero determinan las características de la identidad de



los obreros. Es la vida cotidiana la que funciona como articuladora de la heterogeneidad de las situaciones de trabajo que diferencian a la clase obrera.

El “barrio”: ¿cómo permite a los ex obreros recuperar su dignidad personal?

Al no haberse visto obligados a abandonar sus viviendas, los ex obreros, no sólo en Fundidora de Monterrey, sino también en la refinería de Azcapotzalco, en Altos Hornos de México y en otras empresas, mantuvieron su arraigo en espacios, los “barrios”, que les permitieron mantener pautas de relación social y limitar así el impacto de haber sido despedidos. Identificamos entonces características particulares de los ex obreros que resultan del hecho de que pueden conservar sus antiguas costumbres y reproducir la cultura obrera en el ámbito urbano, si bien ya no en el ámbito fabril.

En efecto, la naturaleza de esos barrios, en los que siguen conviviendo los ex obreros en ausencia del centro productivo, sirve de referencia para que el espacio social continúe otorgando identidad a los trabajadores

despedidos. Aparece una unidad de análisis fundamental para comprender el impacto diferenciado de la experiencia subjetiva del desempleo, según se trate de trabajadores que pudieron conservar sus viviendas y seguir conviviendo en los barrios en que siempre habían vivido, o de aquellos que no tenían acceso a vivienda proporcionada por la empresa en la que laboraban y por ende tampoco estaban conviviendo en espacios urbanos comunes.

La categoría “barrio” constituye el espacio en el que se desenvuelve la vida de los ex obreros. El barrio es un agente socializador, como lo fueron la “hacienda” o el “enclave” en otros momentos del desarrollo del país. El barrio tiende a sustituir al sindicato como núcleo organizador de la vida cotidiana de los ex obreros, especialmente cuando, como fue el caso en Fundidora y en Azcapotzalco, esa organización ocupaba un lugar central en la vida de los trabajadores. Además, el barrio se convierte en un ámbito privilegiado para la participación política de los obreros, que sustituye las reivindicaciones ligadas al trabajo industrial por demandas relacionadas con el espacio urbano. Así, la permanencia en el espacio urbano generó cambios

profundos en el proceso de formación de las actitudes políticas de los ex obreros. Se reforzaron formas de sociabilidad que habían sido opacadas por las asambleas sindicales y se conformaron comportamientos políticos que les permitieron asociarse con categorías sociales como los pobladores urbanos, con los cuales no habían tenido relación hasta el momento en que dejaron de ser obreros.

En el "barrio" aparecen liderazgos diferentes a los que habían imperado en la vida fabril. El prestigio derivado de la calificación profesional o de las formas corporativas del funcionamiento de los sindicatos fue reemplazado por los cacicazgos urbanos. Las relaciones patrón-cliente cambiaron de sentido porque el patrón ya no fue el empresario o el administrador de empresas, sino el líder poblacional que interactúa con las autoridades municipales o con los administradores de las empresas de servicio (electricidad, gas, agua). Esas nuevas relaciones también permiten el acceso a diversos mercados de trabajo dentro y fuera del "barrio".

Esta estructura permite conocer los mecanismos y procedimientos utilizados por el gobierno para encau-

zar las demandas de los pobladores y decidir la implementación de obras en su beneficio, y de este modo evaluar el éxito que pueda tener el Estado en definir e imponer las formas aceptables de participación política de los pobladores. Puede observarse que las demandas urbanas tienden a centralizarse en el sistema político y se transforman en un objeto de negociación entre el Estado y los pobladores. No hay demandas ni resoluciones en las que priven criterios puramente técnicos. Sin embargo, es importante subrayar que los pobladores no transformaron las demandas urbanas en demandas políticas más generales, sino que las limitaron a las necesidades del "barrio".

Todo ello apunta a que el "barrio", como ámbito socializador complejo y múltiple, produce actitudes y evaluaciones respecto de lo político que pueden estar estrechamente relacionadas con otros niveles de la vida y de la organización social, como determinados tipos de relaciones sociales y de participación en organizaciones deportivas, religiosas o culturales, cooperativas o grupos conformados con base en variables como la edad y el género.



Conclusión

Comprender el impacto social que han tenido las transformaciones de los mercados de trabajo, y sobre todo el lugar del desempleo y de la ausencia de oferta de trabajo en el análisis económico a partir de la aplicación de las medidas del Consenso de Washington, plantea un desafío para quienes no aceptan despojar a los seres humanos de la vida social y convertirlos en peones de decisiones en las que no desempeñan ningún papel. También conduce a cuestionar la idea de que las decisiones que se tomaron para “modernizar” las economías no tuvieron efectos perversos que contribuyeron a poner en duda su eficacia, como son los fenómenos de desorganización y desintegración que nos toca vivir.

Desde esta perspectiva, es indispensable utilizar enfoques de índole sociológica o antropológica que permitan comprender ese impacto y observarlo en la vida cotidiana de esos seres humanos, y quizá, incluso analizar cómo los fenómenos de desorganización y desintegración pueden generar consecuencias negativas para la aplicación misma de esas decisiones.

En efecto, el uso de esos enfoques permite cuestionar lo que los economistas han contribuido a naturalizar en su afán por convertir las relaciones de mercado en el núcleo del pensamiento único. Como hemos tratado de demostrar, ese impacto ha contribuido a transformar las formas en que los seres humanos se relacionan entre sí. Estos cuestionamientos abren un terreno de reflexión sobre la cuestión de las identidades en transición, enfocado aquí específicamente al paso de obreros a ex obreros y, en términos generales, a la sociología del desempleo. Ello permite aportar al conocimiento de procesos que recién se han podido identificar y que tienen que ver con las dimensiones subjetivas de esa experiencia, procesos que no están circunscritos a realidades particulares, sino a situaciones estructurales que involucran a miles de seres humanos.

Referencias

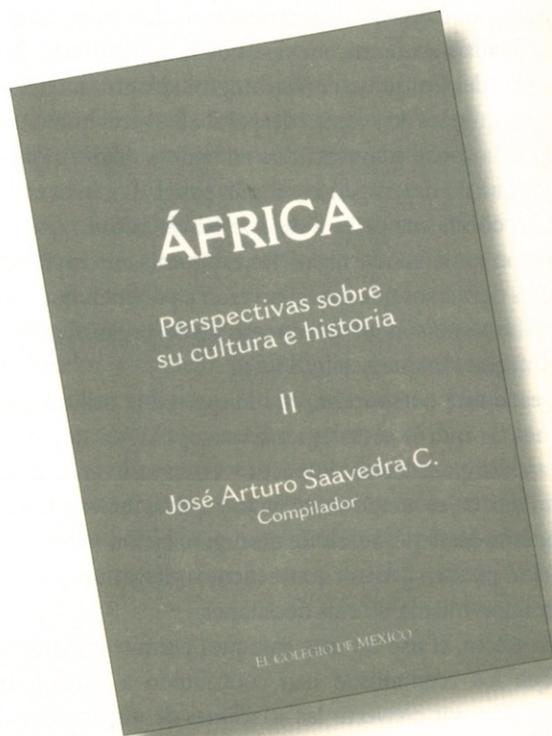
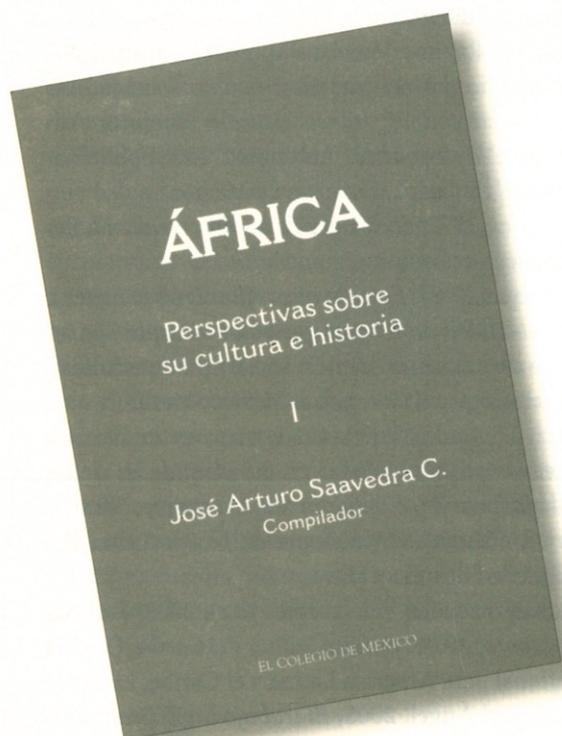
- Estrada, Margarita, 1990, *Heterogeneidad y calificación entre los obreros de Azcapotzalco*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), México.
- _____, 1996, *Después del despido: desocupación y familia obrera*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), México.

- Fuchs, Helen Rose, 1998, *Becoming an Ex. The Process of Role Exit*, The University of Chicago Press, Chicago.
- Gaulejac, Vincent de, 1992, *La Névrose de Classe: Trajectoire Sociale et Conflits D'identité*, Hommes et Groupes Editeur, París.
- Guadarrama, Rocío y José Luis Torres (comps.), 2007, *Los significados del trabajo femenino en el mundo global: estereotipos, transacciones y rupturas*, Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa, Barcelona y México.
- Heller, Agnes, 1977, *Sociología de la vida cotidiana*, Península, Barcelona.
- Margel, Geyser, 2001, *Entre la incertidumbre y la certeza: una identidad profesional que busca su expresión*, tesis de doctorado en ciencia social con especialidad en sociología, El Colegio de México, México.
- Martínez, Eleocadio, 2009, *Convertirse en ex obreros. Cambios y continuidades en las identidades de los trabajadores de Fundidora de Monterrey*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, Facultad de Filosofía y Letras.
- Oficina Internacional del Trabajo (OIT), 2009, *Panorama laboral 2008: América Latina y el Caribe*, Oficina Regional para América Latina y el Caribe, Lima.
- Olivo, Miguel Ángel, 2005, *El trabajo labil: inestabilidad laboral y familia en el noreste de la ciudad de México*, tesis de doctorado en ciencia social con especialidad en sociología, El Colegio de México, México.
- Reygadas, Luis, 1998, *Mercado y sociedad civil en la fábrica*, tesis de doctorado en ciencias antropológicas, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa, México.
- _____, *La apropiación. Destejiendo las redes de la desigualdad*, 2008, Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa, Barcelona y México.
- Romero, José y Alicia Puyana, 2009, *La economía mexicana a dos décadas de reformas estructurales*, El Colegio de México, Centro de Estudios Económicos, México.
- Varguez, Luis, 1999, *Identidad obrera de los desfibradores de Yucatán*, El Colegio de México, México.
- Zapata, Francisco, 2009, “La negociación de la reforma a la Ley Federal del Trabajo: 1989-2008”, en Alfonso Mercado y José Romero (comps.), *Las reformas estructurales en México*, El Colegio de México, México. ☞

NOVEDADES

 EL COLEGIO
DE MÉXICO

CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA

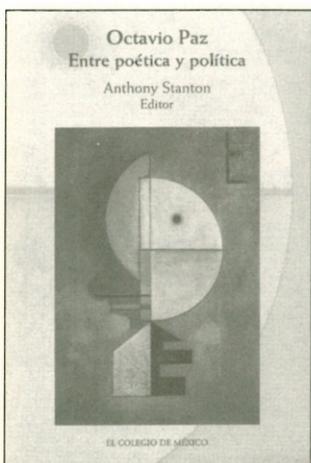
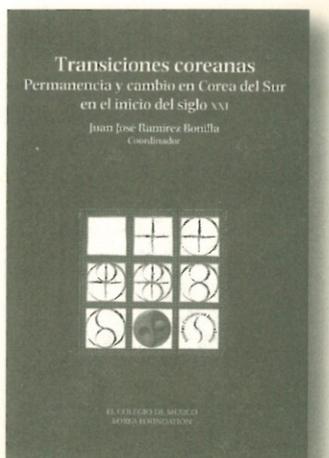
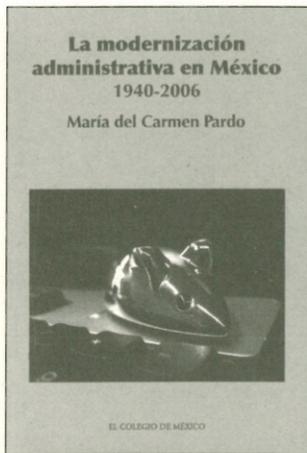
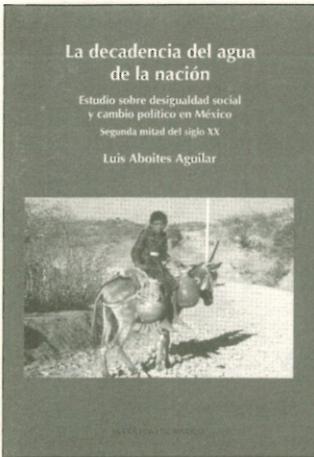
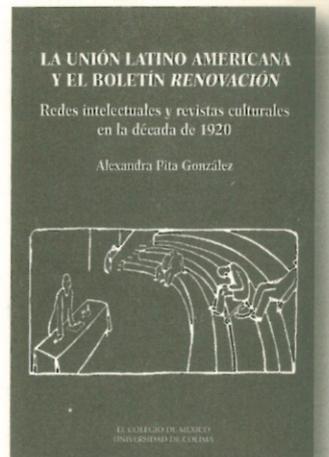
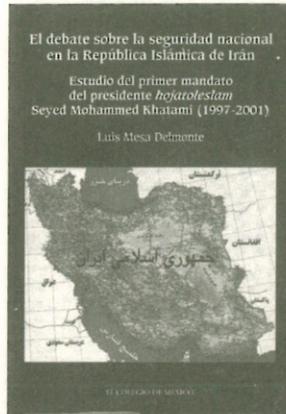
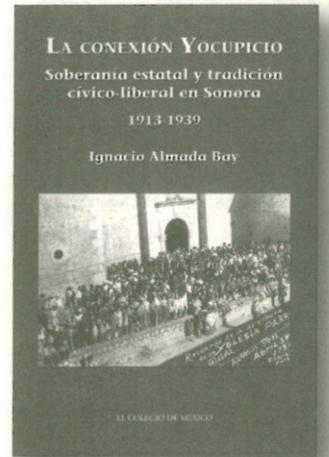
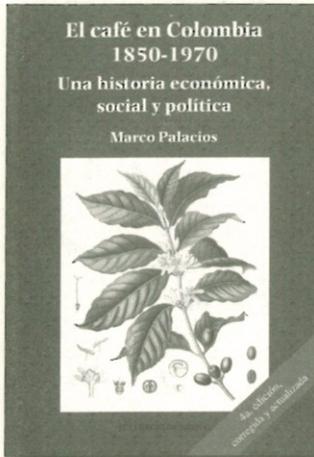


Esta antología dedicada al estudio de África forma parte de la conmemoración del 40 aniversario del Centro de Estudios de Asia y África y, al mismo tiempo, es un homenaje a la publicación ininterrumpida desde 1966 de su revista *Estudios de Asia y África* (EAA), inicialmente *Estudios Orientales*. En sus dos volúmenes el lector encontrará algunos de los mejores trabajos publicados en la revista sobre la región de África subsahariana.

Este conjunto de textos académicos constituye una importante contribución al análisis de la historia, las circunstancias políticas, la economía y la cultura del continente africano. Ante la imposibilidad de reproducir la totalidad de los materiales publicados en la revista EAA respecto a África, se han seleccionado artículos que, además de su calidad, vigencia y originalidad, son un reflejo de la amplitud de enfoques desde los cuales se ha estudiado ese continente en El Colegio de México. Se incluyen investigaciones de profesores que han impartido cursos, tanto del Centro como visitantes; de estudiantes y de egresados del programa de posgrado, así como de colaboradores externos. Estas antologías llenan un vacío importante en la bibliografía académica sobre África, aún muy escasa en lengua española. Ofrecen textos que serán sin duda de gran utilidad para estudiantes de carreras universitarias como historia, relaciones internacionales, literatura y sociología. Son además útiles para un público más amplio interesado en temas del continente africano, que son poco tratados por los medios de comunicación, y para quienes buscan una análisis más profundo sobre problemas económicos y políticos contemporáneos de África.

El Colegio de México, A. C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F. Para mayores informes: 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico: publicolmex@colmex.mx

NOVEDADES

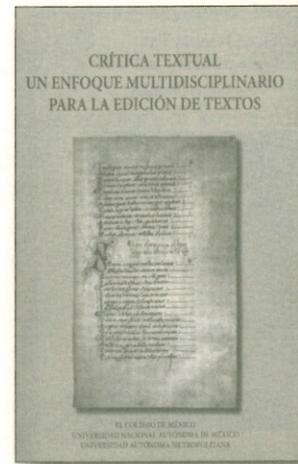
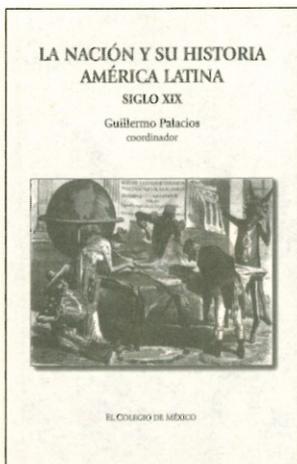
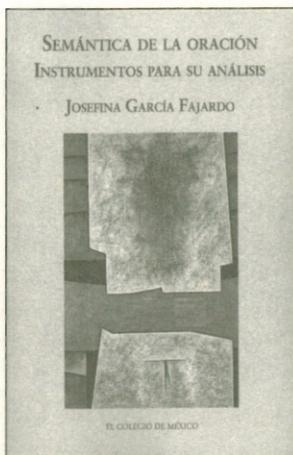
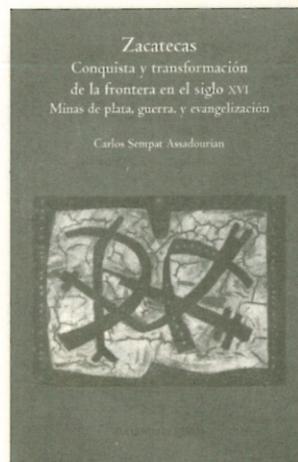
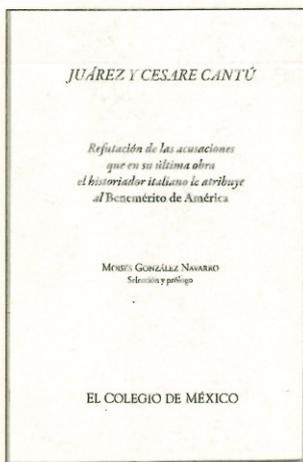
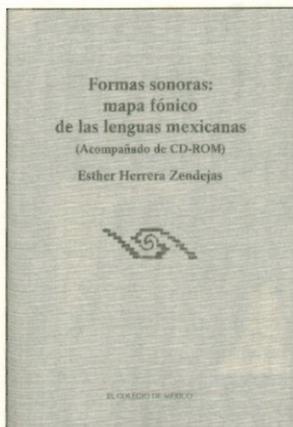
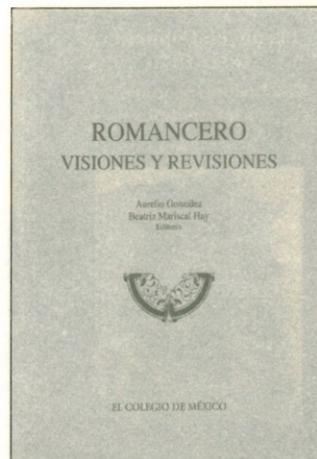
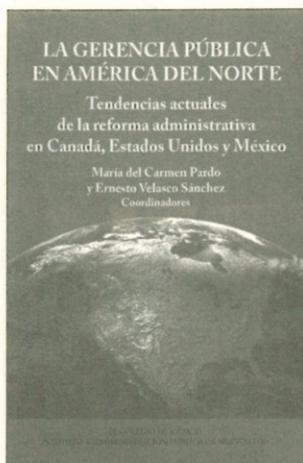


EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones,
 Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa,
 10740 México, D. F.

Para mayores informes:
 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
publicolmex@colmex.mx

NOVEDADES

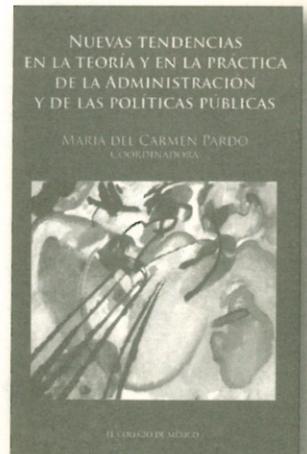
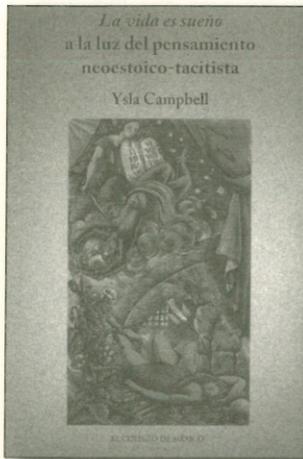
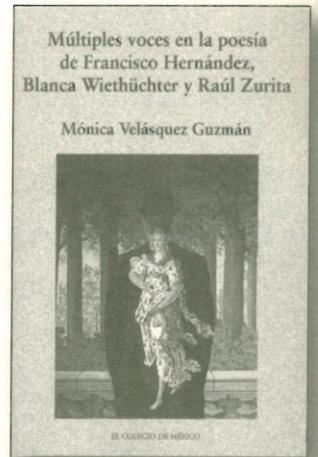
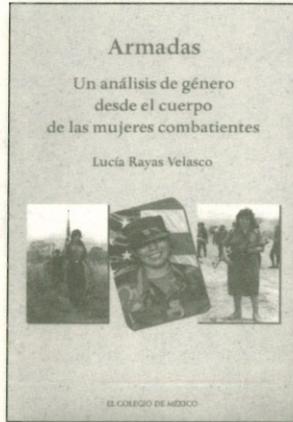
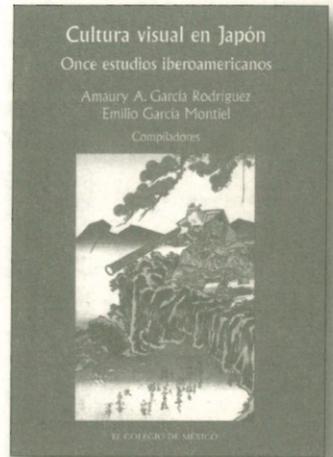
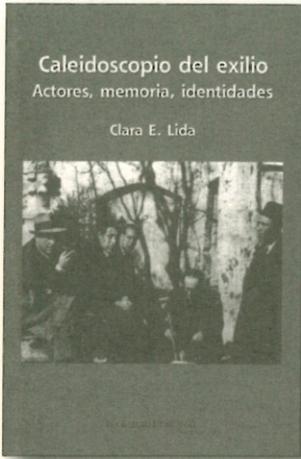


EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones,
 Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa,
 10740 México, D. F.

Para mayores informes:
 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
 publicolmex@colmex.mx

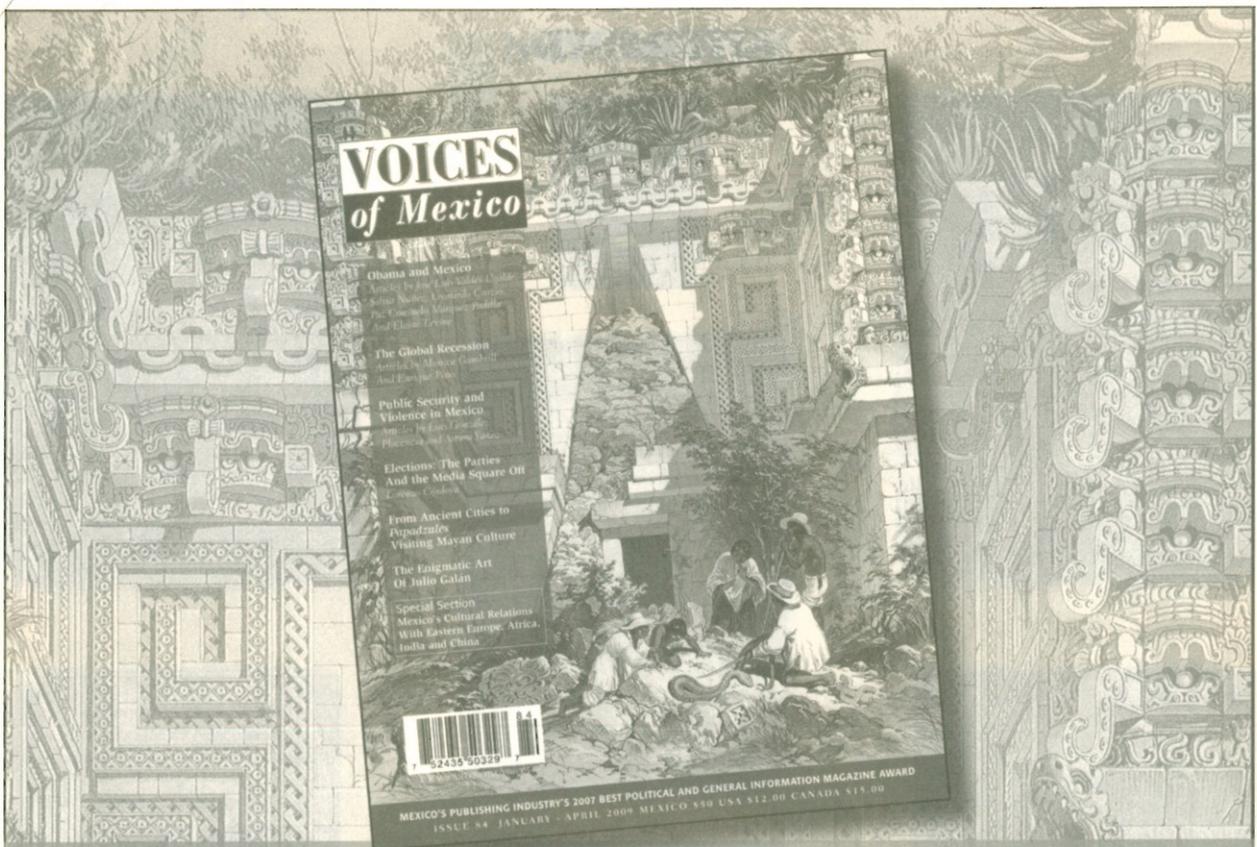
NOVEDADES



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones,
 Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa,
 10740 México, D. F.
 Para mayores informes:
 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
 publicolmex@colmex.mx

32



Descubra México en un recorrido por lo más sobresaliente de sus manifestaciones artísticas y culturales. La revista *Voices of Mexico*, editada totalmente en inglés, incluye ensayos, crónicas, reportajes y entrevistas sobre economía, política, ecología, relaciones internacionales, arte y cultura.

VOICES *of Mexico*

SUSCRIPCIONES

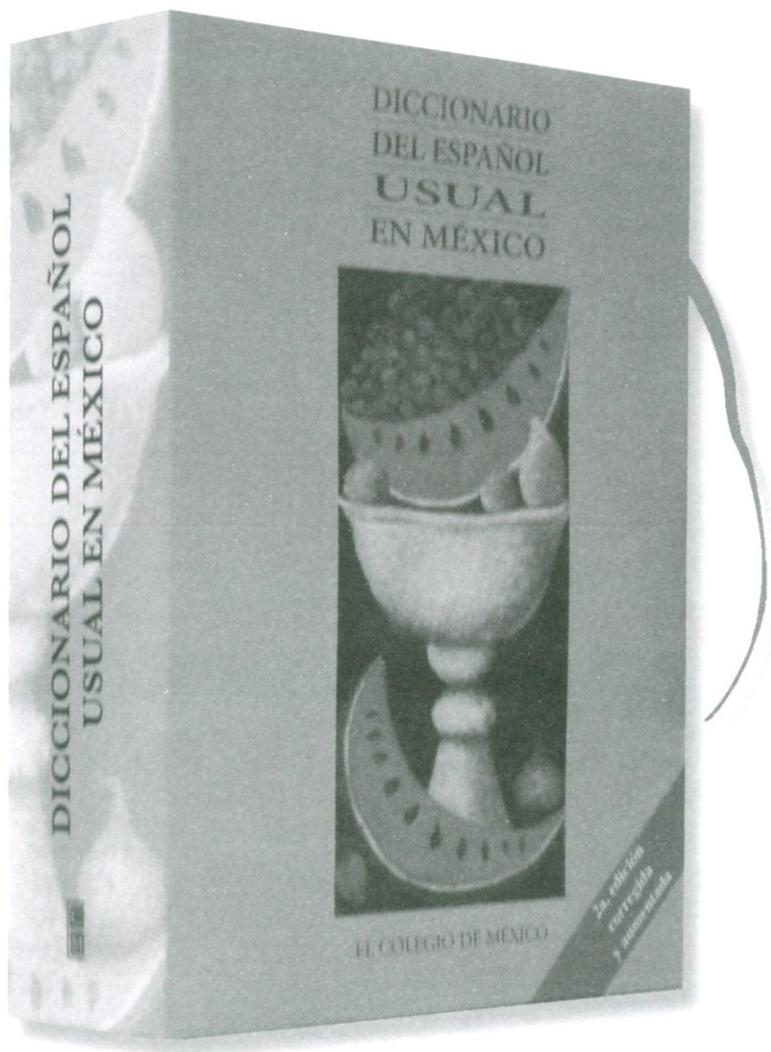
Canadá 203, col. San Lucas, Coyoacán, 04030, México, D. F.

Tels. y fax (01 52 55) 5336 3601 • 5336 3596

5336 3595 • 5336 3558

voicesmx@servidor.unam.mx

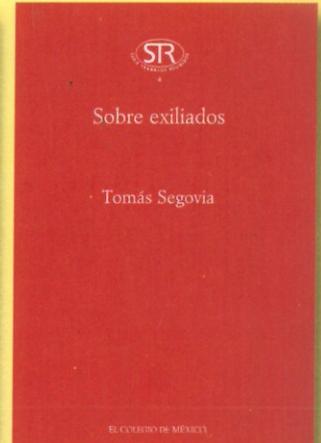
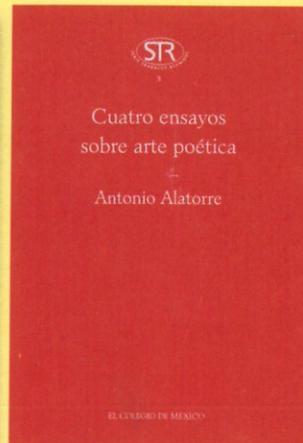
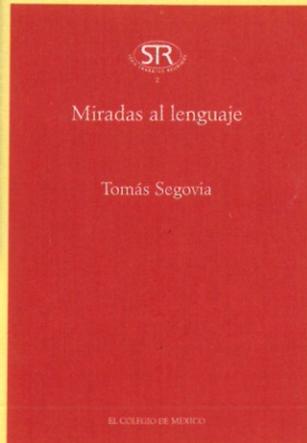
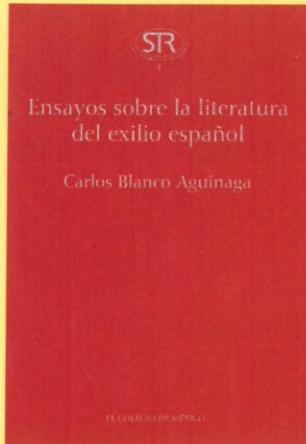
EL COLEGIO DE MÉXICO



Esta segunda edición, corregida y aumentada del *Diccionario del español usual en México* presenta, con precisión, rigor y originalidad el vocabulario culto, muchos términos científicos y técnicos correspondientes a los usos mexicanos, una multitud de voces, significados y giros coloquiales y populares –como no lo ha hecho ningún otro diccionario del español–, buena cantidad de regionalismos y varias decenas de miles de ejemplos tomados del uso real de los mexicanos. Está dedicado al ciudadano medio y al joven estudiante, que requieren una fuente de consulta fidedigna e independiente, actualizada y atenta a la rica variedad de las formas de hablar de los mexicanos.

El Colegio de México, A. C. Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F. Para mayores informes: 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295.
Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico: publicolmex@colmex.mx

SERIE TRABAJOS REUNIDOS



1. *Ensayos sobre la literatura del exilio español*,
Carlos Blanco Aguinaga

2. *Miradas al lenguaje*,
Tomás Segovia

3. *Cuatro ensayos sobre arte poética*,
Antonio Alatorre

4. *Sobre exiliados*,
Tomás Segovia

5. *Del Siglo de Oro español*,
Margit Frenk

6. *Alfonso Reyes lee El Quijote*,
Adolfo Castañón y Alicia Reyes
(compiladores)

7. *Estudios de lingüística*,
Margit Frenk

8. *El español americano*,
Juan M. Lope Blanch

9. *Del Romancero hispánico*
Mercedes Díaz Roig

10. *De la literatura hispánica moderna*
Raimundo Lida

